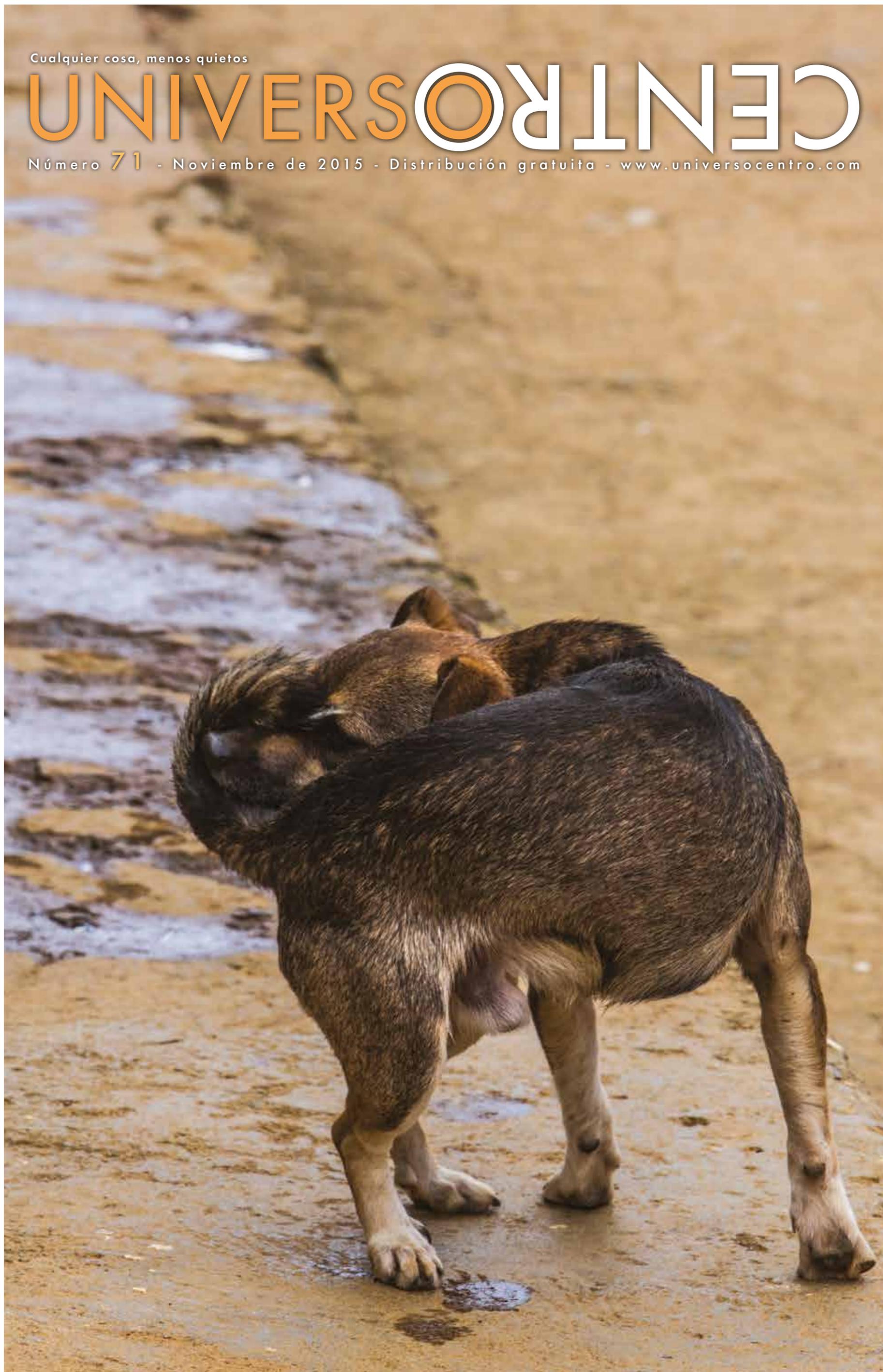
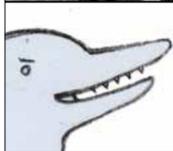


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 71 - Noviembre de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



8
El próximo
presocrático10
Los envíos
de la Polla12
Un león
por dentro16
Días de a
caballo20
El holocausto
sin eufemismos22
Crónicas
danesas24
Volar en un
solo pie

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTES

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 71 - Noviembre 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Epidemia
paranoide

Una razón política basada en riesgos electorales y recatos religiosos, una apelación premeditada al temor irracional de los padres de familia, una estrategia de control social para dar poder extorsivo a los policías, un miedo a los humos, a los polvos, a las raíces, a los hongos, a los moños, a las pipas. Todo se aprovechó para armar una historia de terror con redactores políticos acompañados de alguaciles paranoicos. La droga —un genérico absurdo, una simplificación de inspector— se convirtió entonces en el enemigo número uno de las sociedades libres y las sociedades vigiladas. La más famosa de las historietas policiales alcanzó a escribir en la portada de una de sus revistas: “Mahuana asesina de jóvenes”. Una edición más reciente habló de “la mata que mata”. Siempre se ha dicho que unos se la fuman y a otros les cae pesada. Luego la coca los aceleró un poco más y llegaron las imposiciones disfrazadas de convenciones internacionales. Un consenso moral comenzó a hablar de epidemia y la histeria se hizo racional, vigilada, estudiada y sangrienta. Ahora la “epidemia” se vive en las calles y en las cárceles. Crecen el consumo y los presos por delitos relacionados con el tráfico de sustancias prohibidas. Se multiplican los problemas.

Una publicación reciente del Instituto de estudios para el desarrollo y la paz (Indepaz) asegura que entre 2009 y 2014 han sido capturadas 481.858 personas en Colombia por delitos estipulados en la Ley 30 de 1986, nuestro “código” madre en el tema. Capturas que además de una dosis mínima de condenas dejan unas líneas de corrupción y regueros varios. Pero los procesos y las condenas no son un mal menor. De modo que las cárceles se han ido llenando de vendedores de pacotilla, consumidores a cielo abierto, tramitadores tenebrosos, campesinos raspasos y políticos, policías, jueces y militares con espíritu emprendedor. Desde el año 2000 hasta el 2014 el número de presos creció 136% en Colombia, mientras el número de condenados y juzgados a la sombra por la Ley 30 de 1986 creció 269%. Hay 60.000 familias coccaleras, un buen puñado de jíbaros en las capitales haciendo mandados, una cantidad de mujeres en el transporte y almacenamiento —más del 40% de las mujeres en la cárcel en Colombia están bajo letra de Ley 30— y algunos políticos en labores administrativas y legales. Uno de cada cinco encanados en Colombia está en la mala por su juego con las plazas, los jefes de finanzas, los duros, los jíbaros alfa o los parches de sople. No contemos los muertos que nos complicamos.

Estados Unidos fue el principal guionista del cuento y es consecuente: tiene 2'300.000 presos y 500.000 están por delitos relacionados con pacos, bolsas, arrumes, caletas, cobros, túneles y mulas. Desde 1975 la lucha antidrogas comenzó a dar sus frutos en presos. En 1980 tenían apenas 40.000 encerrados por consumo, tráfico, posesión y demás conspiraciones turras, en 25 años han multiplicado por 12 la cosecha. Estados Unidos mantuvo desde 1925 hasta 1975 un promedio cercano a 110 presos por cada 100.000 habitantes, hoy tienen 751 por cada 100.000. Y comienzan a buscar otras hierbas como remedio. Hay que decir que toda América Latina ha jugado con juicio esta especie de seguimiento. Hemos ido detrás en la historia prohibicionista y en el temeroso tanteo de otras alternativas. Pero al negocio y a la guerra les falta historia. Noriega dejó un camino. Por hoy no queremos hablar de la casa.

Se mueve la política y se mueve esa compleja mesa de juego en el continente. Colombia subió su siembra en el último año pero cada vez es más una primera etapa en ese largo viaje de escalas. Vamos a terminar en la pura agricultura. Nuestros coccaleros ya no cocinan, raspan y entregan; nuestros narcos son regentes de las etapas intermedias del tráfico y algunos de sus mejores hombres están en la minería. Y el comercio “regulado” puede cambiar tanto como el libre. En Perú se produce casi la misma coca que en Colombia y cae solo un 20% de lo que se hunde por aquí. Hace poco el ministro de gobierno peruano dijo que comenzarán a bombardear avionetas sospechosas de llevar coca hasta el techo. Y Venezuela ha terminado siendo la ruta del 30% de la coca colombiana —si se le pregunta a los expertos— y más del 50% si se le pregunta a los funcionarios gringos. Veremos si una firma con las Farc podría mover un poco más el negocio.

Cuando se miran los números de los consumidores todo el alboroto adquiere una dimensión un poco más modesta. Según las encuestas recientes el 2.4% de los gringos dice haber metido coca al menos una vez en el último año. Eso son más o menos ocho millones de los 321 que se calculan viven hoy en la USA. Los países más huelengues son España y Argentina, donde apenas el 2.6% de sus habitantes entre 15 y 64 años los que dicen haber buscado el cambre de la cocaína. Esos son los extremos de la epidemia. Pero los peores efectos de la alucinación se viven en otras ollas. ☪

Inventario de camas

por GLORIA SUSANA ESQUIVEL

Ilustración: Camila López

La primera fue la de las monedas, la de la enfermedad y las lágrimas. Era prestada y tenía unas sábanas de leopardo horribles.

La segunda era estrecha pero las sábanas eran más. No recuerdo si era cómoda o no, pero creo que dormí bien. Fue la de la soledad y la del encierro. Al frente tenía una ventana. La vista siempre era gris, a pesar de que hizo mucho sol ese verano.

La tercera fue la mía, la propia, la primera. Ubiqué y reubiqué su cabecera varias veces. En invierno hacia el sur, lejos de la ventana. En primavera hacia el norte. Me enfermé en ella y la vomité una noche después de una fiesta. Fue la de buenos polvos y aún mejores pajas. La del Skype. La de las mañanas mirando por la ventana al Empire State que se perfilaba a lo lejos.

La cuarta era estrecha, sencilla. Mal feng-shui pues evidencia a un hombre soltero que no quería dejar de serlo. Un capricho.

La quinta fue la de los amigos que generosamente la prestaron. Pequeña pero cómoda, me hizo tener buenos sueños. Fue también la de las lecturas a la madrugada y la música que apenas se oía. Muy cómoda, aunque al principio pensaba que no iba a contener mi cuerpo.

La sexta no fue una cama. Fue un sofá en una sala en Solano, California, que me prestó Camilo por una semana. La suya fue la primera biblioteca que intenté reconquistar en el verano. Quedaba justo al frente del sofá. Ahí leí a Piglia, a Levrero y a Nettel. Descubrí también a Lispector y a Gómez Jattin y me di cuenta de que en California hace muchísimo más frío que en cualquier otra parte del mundo.

La séptima fue una cama de hotel en Los Ángeles que compartí con Daniel. El hotel quedaba frente al Teatro Chino y la piscina parecía sacada de una escena de *Mad men*. Era como si la ciudad estuviera cubierta de una capa de plástico y suciedad. Siempre

con la sensación de que nada pasa allí si no hay participación de drogas, *strippers*, desierto y coyotes salvajes.

La octava fue una cama, ya no un sofá, de vuelta en Solano. Fue la de la ansiedad, el encierro voluntario y el ciclo de películas de Almodóvar donde fui la única espectadora voraz.

La novena fue otra vez la luz de la mañana.

La décima la compartí con mi padre casi un mes. Dormíamos cómodos y no nos atravesábamos en el camino del sueño del otro, aunque a veces él me quitaba la sábana. Disfrutaba mucho compartir la cama con mi padre y sentía que Electra dormía entre él y yo. La última noche, antes de partir, me abrazó y pasó sus manos por mi rostro como para no olvidarse de que yo todavía existía. Después de su partida, durante una semana, dormí sola en esa cama. Ahí leí a Joan Didion y pensé en los movimientos geológicos del cambio.

La decimoprimer fue un sofá en Midwood. Al principio pensé que era una oferta generosa. Ahora solo recuerdo los excesos de vodka y piscolas.

La decimosegunda fue en Washington Heights. Frustrada en la mañana y la revelación de los libros que quería mostrarme mi rostro en todas sus dimensiones.

De la trece prefiero no acordarme.

Fue en la catorce en la que comencé a sentir envidia. Abría los ojos y pensaba que era mía, que lo había logrado, que había reconquistado un espacio solo para mí. Luego me daba cuenta de que era prestado y bajaba la mirada decepcionada.

La quince fue acogedora y ratificó mi necesidad de soledad. La de la felicidad y la escritura a mano. También fue la del ritual de leerme, antes de dormir, oráculos en donde proyectaba todo eso que deseaba y que esperaba encontrar pronto.

La dieciséis iba a ser solo por un tiempo y se convirtió en compañera por cuatro meses. Y en realidad no era una cama sino un futón. Aprendí a vivir en

medio de una sala, inventándome puertas y paredes invisibles que al principio no supe levantar. Aprendí a no tener casa, o mejor, a hacer de mí misma una casa, llevándome en la espalda las maletas, las heridas, el silencio y las rutinas de un tiempo en el que no me permití sentir. Ni parar, ni llorar, ni respirar porque, dice el *I Ching*, “no detenerse jamás en medio del peligro”. Dormía cuatro horas en las noches y luego tomaba una siesta de dos horas en un sillón en la biblioteca. Escribí parte de mi libro y descubrí que no hay nada mejor que perderlo todo e inventarse otra vez y otra y otra hasta que salgan nuevas líneas en las manos. La extraña constancia del masoquista. A veces, cuando todo me daba miedo, me subía sobre el futón e imaginaba que nada podía llegar hasta allí porque, de todos los lugares en el universo, ese era el único enteramente mío, así fuera prestado.

La diecisiete fue otro futón en Chicago.

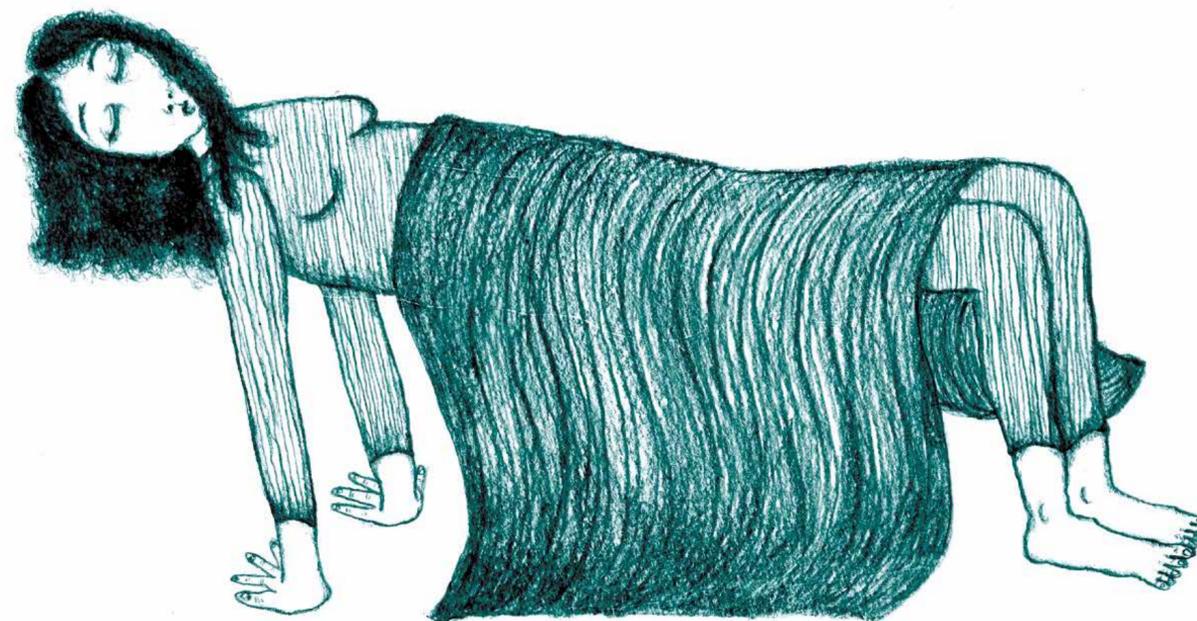
La dieciocho otro futón en Ann Arbor. Allí vi los espejos.

La diecinueve fue prestada y me hizo redescubrir la maravilla de tener una puerta. Para encerrarme. Y ver películas de Jarmusch a todo volumen. E imaginarme dobles de Europa Oriental que van por la vida rechazando vestidos y regalos.

La veinte fue la que espero sea por mucho más tiempo. Cómoda y mía. Mía. Mía. Allí me di cuenta de las muchas maneras en las que hacía de mi camino un zigzag mareador y culebrero que me dejaba los tobillos torcidos.

La veintiuna fue en otra Bogotá distinta a la que visité hace un año. Y me traje sueños larguísimos con historias aburridas que se parecían más a la vida misma que a las pesadillas que antes tenía en esa misma cama, y que me hacían levantar sonámbula a gritar por toda la casa despertando a mis padres y a mi hermana.

La veintidós, cerca al mar. ☪



recorridos - recorridos

No solo las esquinas se disputan el protagonismo de los barrios de Medellín. En las curvas ascendentes y descendentes y en las mitades de cuadra sus habitantes hacen gala de sus aptitudes para la socialización, los homenajes y la fiesta. Aquí presentamos tres postales que hacen parte de *El libro de los barrios*, proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana en coedición con Universo Centro que verá la luz en diciembre.

Barrio Santa Fe

La sobreviviente

Fotografías: Juan Fernando Ospina



por REDACCIÓN UC

La que tal vez sea la única paloma de la paz con treinta años cumplidos está en la calle 20 con la carrera 59, barrio Santa Fe de Medellín. Se extiende a lo largo de unos doscientos metros de asfalto, con los bordes, el pico y el ojo hechos con pintura amarilla, y el resto del cuerpo blanco y con una bandera de Antioquia en la cola. En las patas tiene un pergamino; en el pico, la consabida rama de olivo; y a modo de pie de página, la imborrable fecha del dibujo: 26 de agosto de 1984.

Miles de estas palomas fueron pintadas ese día en las vías y muros de Colombia por invitación del presidente Belisario Betancur, para apoyar el proceso de paz con las guerrillas de las Farc, el EPL y el M-19. Con el tiempo y los fracasos, el entusiasmo y las palomas se fueron desvaneciendo. Pero en este barrio, Adolfo León Gómez se ha encargado de que el recuerdo no desaparezca, y de tanto en tanto, aunque cada vez más solo, le da su refuerzo.

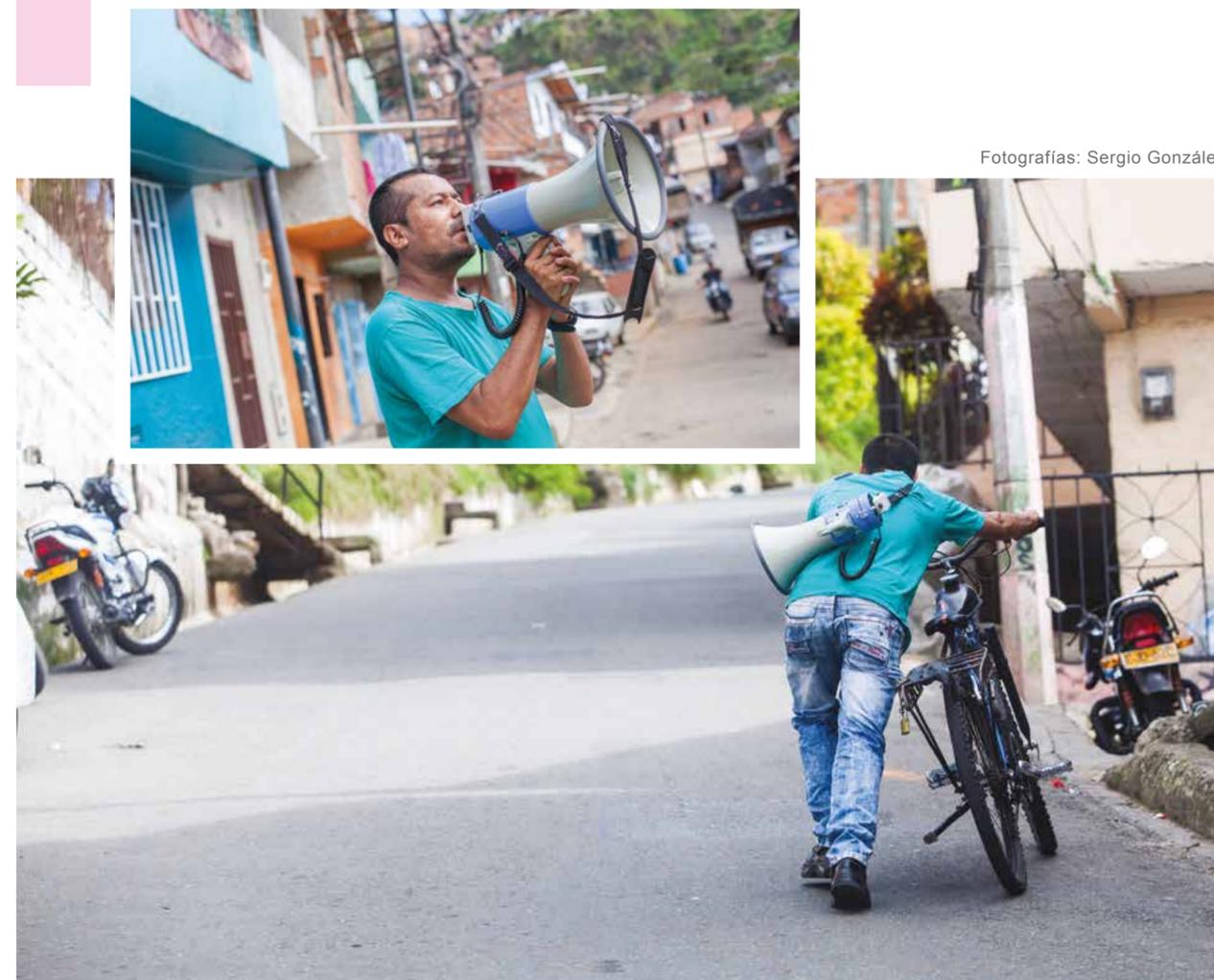
El apodo de 'Niño Dios' ha acompañado a Adolfo desde la cuna hasta estos días de jubinado, en los que toca de puerta en puerta y pide comida para los pobres o plata para comprar pintura y poder retocar la paloma. Cada tres o cuatro meses le dedica un domingo entero a retener líneas, rellenar letras, recuperar detalles. Por eso se presenta también como el papá de la paloma.

Y aunque muchos motociclistas protestan por lo resbaloso del pavimento, Adolfo está tan comprometido con ese animalito que solo una guerra podría detenerlo. UC

Barrio San Pablo

Walter, el perifonero

Fotografías: Sergio González



Por la calle de un barrio al nororiente de la ciudad (puede ser Granizal, La Salle, San Pablo o Santo Domingo), Walter maneja su bicicleta negra con motor a gasolina. Una mano sujeta un manubrio; la otra, levantada, sostiene un megáfono. Al tiempo que pedalea suelta un pregón, y su voz, amplificadora, se escucha nasal, grave, dilatada: "Estamos invitando a toda la comunidad a que vengan a la agenda cultural que tenemos desde las seis y media de la tarde hasta las ocho y media de la noche. Les vamos a traer distintos grupos musicales. ¡No se queden en la casa! ¡Anímense! Estos eventos son muy buenos y no vienen diario al barrio. Los muchachos, las muchachas, los adultos, ¡todo el que quiera venir! Aprovechen que la rumba es gratis. Nooo, esto está tan bueno que hasta yo me voy a pegar".

Sucesor del pregonero de la antigua Roma, Walter, el perifonero, deambula

por las calles difundiendo mensajes, y a diferencia de su predecesor no está al servicio de los magistrados sino de la publicidad. Promociona productos, eventos, campañas o cualquier artículo que el cliente en busca de publicidad barata y efectiva requiera. "Hacer perifoneo no es solamente coger un megáfono. Uno busca que la gente se enamore de lo que se está promocionando, que sienta la necesidad. Se trata de motivarlos, animarlos a través del megáfono, ¿sí me comprende?", dice.

Hace 42 años llegó en brazos de su mamá a San Pablo, un barrio recién nacido como él. Entró a estudiar a una escuela improvisada por un grupo de monjas que daba clases al aire libre, y comenzó a trabajar a los diez años como voceador de periódico: "Vendía periódicos por La Salle y Guadalupe. Cuando hice mi clientela me la independicé al patrón. A los dos meses me quebré porque me atracaron en un callejón. Yo estaba con mi hermano Odel,

que tendría por ahí unos seis años. Mi hermano me decía llorando: 'Tranquilo, no se preocupe que cuando estemos grandes nadie nos la va a montar'. Yo volví y me capitalicé, y a cada rato me atracaban y volvía y me capitalizaba. Dejé la prensa porque ya no se vendía".

Trabajó un tiempo repartiendo volantes en el Centro, hasta que una tía que desistió de vender aguacates le cedió un megáfono que había comprado para promocionarlos. Walter, que caminaba por todos los rincones de esos barrios y era bien conocido entre la gente, recorrió los negocios ofreciendo el servicio de perifoneo. Empezó a hacerle propaganda a almacenes, supermercados, carnicerías y estudios fotográficos; le fue tan bien que a los pocos meses los líderes y las organizaciones sociales lo contrataron para sus campañas.

Al principio, cuando no tenía más que su voz, el megáfono y las ganas de trabajar, alquilaba bicicletas para poder movilizarse. Con las primeras ganancias

compró una vieja monareta que luego reemplazó por una todoterreno. Y hace unos meses, tras más de quince años en el oficio, cumplió dos de sus deseos de un tirón: "Yo quería una bicicleta a motor y tenía el sueño de montar en avión, entonces me fui en avión para Bogotá a comprar la bicicleta. Llegué en cuarenta minutos, fui a Suba, donde las vendían, me demoré tres horas negociando y me regresé en flota: tenía que volver a trabajar".

Con su bici de motor, Walter pedalea menos y avanza más. Emblema de un oficio anacrónico, en una época en la que es normal recibir llamadas de voces automáticas que ofrecen lo que no sabíamos que necesitábamos, ahora hace planes para seguir modernizándose: "Quiero ponerle un motor más grande a la bicicleta y tener un megáfono de esos que uno solo graba la promoción y el megáfono hace la bulla por uno. ¡Ah!, y también quiero que me llegue la media naranja". UC

recorridos - recorridos - recorridos - recorridos - recorridos

Barrio Guayabal La Colinita

Zona de turbulencias

Fotografía: David E. Guzmán



Fotografía: Archivo BPP

No es Afganistán, pero parece. Desde las seis de la mañana, a los seis mil habitantes del barrio La Colinita los sobrevuelan aviones de hasta cuarenta toneladas que pasan a escasos quince metros de techos y terrazas antes de aterrizar en el Olaya Herrera. “El ruido es ensordecedor, la casa se estremece... Llevo más de veinte años viviendo aquí y no me acostumbro”, dice Lilia, una de las fundadoras del barrio. Su casa está en una de las partes más altas y es la base de una edificación de tres pisos. En las terrazas de La Colinita se tiene la sensación de que estirando el brazo se puede tocar la barriga de un avión.

Aunque en 1985, un año antes de que se fundara el barrio, el Olaya Herrera redujo sus actividades casi hasta desaparecer, hoy es una de las terminales aéreas con mayor movimiento en el país: cada año moviliza cerca de un millón de pasajeros y ocho mil toneladas de carga. Cifras que se traducen en ruido para niños, jóvenes y viejos del barrio, que en la parte

más alta de Guayabal sienten el rugido de turbinas y motores por lo menos ochenta veces al día.

Los impactos más leves se perciben en las conversaciones interrumpidas, bien sea por teléfono o personalmente. “Esperá que está pasando un avión” es una frase común, aunque a veces no es necesario decir nada y basta una mirada entre tendero y comprador. Pero también hay consecuencias mayores que nadie ha logrado medir. Ya han dicho especialistas que a su paso por aquí los aviones registran alrededor de noventa decibeles, y el nivel máximo permitido en una zona urbana residencial es de 65 decibeles.

En contraste, la vista desde La Colinita es un lujo cotidiano. Los vecinos más apocalípticos no descartan que un mal día un avión de esos se estrelle contra una plancha, “diosnoloquiera”. Nunca ha pasado, no hasta ahora. Lo más grave, cuando pasan los aviones grandes, es el temblor tenue de un muro y el sonido de una olla al chocar contra otra en un rincón de la cocina. ☹

Ver es poner luz
Ver es poner sombra
Samuel Vásquez



Mercurio de Oro

Máxima distinción otorgada a CONFIAR por parte de la Federación Nacional de Comerciantes FENALCO Antioquia, el 27 de octubre de 2015 durante La Noche de los Mejores, el evento más trascendental del comercio antioqueño.

Compartimos este reconocimiento a nuestra contribución a la construcción de tejido social, al bienestar de los Asociados y al fomento de la cultura solidaria.

Ahorro y crédito con solidaridad para el bienestar

www.confiar.coop



“Avanzamos en tecnología porque vamos más allá en conocimiento”

(EAFIT)

¡Nueva!

MAESTRÍA EN DESARROLLO HUMANO ORGANIZACIONAL

(Modalidad virtual)
SNIES 104963

www.eafit.edu.co/posgrados

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira
Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900
Línea de atención al usuario: (+57) (4) 448 95 00
posgrados@eafit.edu.co

Inspira Crea Transforma

UNIVERSIDAD
EAFIT

El próximo presocrático

Hace poco más de un año murió en Manizales el filósofo Jorge Iván Cruz, profesor de materias tan arduas como la fenomenología y la filosofía de Kant en la Universidad de Caldas, donde dictó clase por más de dos décadas. Sin embargo, sus logros parecen estar en un ámbito más espiritual que espiritual. Un alumno y amigo ajusta cuentas con la figura de este improbable maestro de la botella.

por PABLO ARANGO

Ilustración: Titania Mejía

La historia de la filosofía antigua está llena de pensadores sin obra. Al menos sin obra escrita. La inescrutable fortuna nos ha legado apenas un coroteo sobre las ideas de los presocráticos, de Diógenes y Epicuro, pero sus libros se han perdido. En el mundo moderno tal cosa parece imposible: todo el mundo publica, el que no publica no existe y hay mil formas de guardar lo publicado. Jorge Iván Cruz es el último de los filósofos antiguos: carece de obra, a mi juicio, ya que lo poco que escribió no vale ni el papel en el que está impreso, y lo publicó únicamente para aprovechar el sistema de estímulos a las publicaciones académicas y aliviar un poco la carga de deudas que sostuvo a lo largo de su vida. Pero es una figura interesante y perturbadora, mucho más que sus colegas más respetables. Lo conocí en julio de 1994, justo antes de que yo entrara a estudiar filosofía en la universidad. Luego fue sucesiva y simultáneamente mi amigo, mi profesor y mi colega. A pesar de todos esos años conociéndolo, no dejaba de sorprenderme su presencia: era como un signo de interrogación clavado en el corazón de la academia, una especie de náufrago que fue a dar a una universidad por azar y, no habiendo nada mejor que hacer, se quedó allí hasta su muerte.

La carrera académica de Cruz, si es que puede usarse esa engañosa expresión en su caso, es una ilustración perfecta de uno de los rasgos universales de la vida humana: la ironía. Aunque no conozcamos sus mecanismos, sabemos varias cosas sobre la ironía. Una es que sus mejores momentos son involuntarios: el resultado no buscado y muchas veces indeseado de actos conscientes que resultan ridículamente fallidos. La historia, particularmente la historia de las ideas, es un terreno repleto de ejemplos desternillantes y tristes al mismo tiempo. Todo sistema filosófico, toda propuesta política, toda pequeña idea que haya tenido la suerte de hacerse realidad, ha terminado convertida en otra cosa y, por lo general, en la cosa contraria.

Pues bien, los mejores momentos de la ironía de Cruz pertenecen a esta categoría. Para empezar, quiero señalar un rasgo de su talento. Casi todo el tiempo desplegaba una aparente paranoia.

El objeto mismo de esa ansiedad era ya un tanto absurdo: manifestaba una preocupación constante por ocultar que estaba borracho cuando estaba borracho, que era casi todo el tiempo, y cuando era evidente que todos los que lo conocíamos pensábamos que Cruz se mantenía borracho. Para eludir ese juicio había urdido una serie de tácticas, entre las que destacaban, en primer lugar, ataviarse con una bata blanca de profesor en las ocasiones (que no eran pocas) en las que alcanzaba el más alto grado tolerable de intoxicación alcohólica, de tal manera que la gente se confundiera y pensara que, dado que estaba enjaezado con la indumentaria típica del profesor, el profesor Cruz estaba sobrio. El resultado fue que todos sabíamos que, cuando llevaba la bata blanca, Cruz era una nave estropeada conducida por un fantasma.

La segunda táctica consistía en que, cuando se sentaba a beber en alguna tienda o cantina cerca de la universidad, pedía que le sirvieran el aguardiente en una botella pequeña de Pony Malta. Hasta ahí, todo iba bien: dado que esas botellas son oscuras, es imposible saber a simple vista qué contienen. Pero había un detalle que arruinaba el ardíd: además de la botella oscura pedía una copa de vidrio transparente, de las que usamos típicamente los borrachos en todo el mundo para tomar aguardiente o vodka o whisky o cualquier cosa que pueda sobornar a nuestras conciencias limpiamente.

Un ironista fracasado, Christopher Hitchens, se refirió a la ironía como “la ginebra en el Campari, el factor x, el movimiento del caballo en el tablero de ajedrez, el ronroneo del gato, el nudo de la alfombra”. Agregó: la bata blanca de Cruz, la copa de aguardiente junto a la botella de Pony Malta.

Kierkegaard —un filósofo que conocí gracias a una recomendación involuntaria de Cruz (dejó un libro tirado en una cantina y el cantinero me lo entregó)— decía que la ironía es una “determinación existencial”. Esto quiere decir que es un error concebir la ironía como una mera figura retórica o un modo del discurso. Es más que eso: es una manera de vivir, un modo de estar en el mundo y, según Kierkegaard, es la manera propiamente filosófica de ir por ahí. Kierkegaard iba más lejos y sugería que la ironía era la

cumbre de la excelencia humana. Si esto es cierto, el problema es que no hay ninguna receta para alcanzar esa virtud: por definición, el ironista deliberado está condenado al fracaso. Las únicas opciones que quedan son la seriedad absoluta y la parodia absoluta, el silencio en el que todas las verdades se disuelven y solo queda la mirada descarnada del borracho junto a la Pony Malta y la copa.

En una de las obras maestras sobre el tema, Julian Barnes se pregunta si en torno del ironista se produce una acumulación de ironía. Reflexionando sobre el destino de Cruz, yo diría que sí, y estaría tentado a agregar que alrededor de un ironista muerto se produce una acumulación de la mejor clase de ironía: la involuntaria. Tolstói explotó el tema como nadie en *La muerte de Iván Ilich*, y Cruz lo ratificó, involuntariamente, en sus propios funerales: desde el velorio hasta el entierro, pasando por las notas de prensa, todo fue un malentendido, al mismo tiempo delirante, triste, hilarante y absurdo.

Para empezar, en la sala de velación había una corte de borrachos desde la entrada del edificio. Por momentos la circunstancia no era la de un duelo sino más bien la de una verbena. Si alguien lograba atravesar esa vanguardia de saludos efusivos, llanto, escupa, risas, trago y trago, se encontraba luego en la propia sala donde estaba el cadáver con un grupo de personas claramente divididas en dos categorías: los amigos y familiares que se comportaban según la norma, con discreción y semblante circunspecto; y los amigos y familiares que se comportaban según la propia norma de Cruz: con llanto ruidoso, voces altisonantes y tufo alcohólico. Hubo un momento en que uno de los amigos de la segunda clase se abalanzó sobre uno de los obsequios florales que encontré particularmente conmovedor, perdió el poco equilibrio que le quedaba y estuvo tirado en el suelo, abrazado al arreglo floral mientras gemía y se balanceaba debajo del féretro. Un espectador desprevenido habría podido jurar que el muerto se había caído del ataúd.

Mientras tanto, un profesor, colega de Cruz pero perfectamente sobrio, se acercaba para saludar a otro profesor no tan sobrio, y le decía algo como: “Vea hermano, se nos está muriendo la gente”. El

profesor de Hegel le contestó en un tono borracho y condescendiente: “Es la finitud, papito, la finitud. Esa hijueputa no va a poner la moña a todos”.

Como siempre ocurre en las fiestas —aunque esto era un velorio—, en algún momento alguien discutió con alguien en la verbena de la entrada, no se sabe por qué, como pasa en estos casos, y para parar la riña tuvo que llegar la policía.

En una nota publicada por el periódico *La Patria* se reprodujeron los comentarios de varios allegados. En uno de ellos otra profesora declaraba que Cruz “era un hombre entregado a su familia”. Un amigo común me preguntó a qué se refería. Lo único que se me ocurrió es que a veces la ironía se esconde en el fondo del significado más literal y que, en el caso de Cruz, era muy cierto que había sido entregado, en el sentido postal del término, día a día como un paquete durante más de treinta años, en la puerta de la casa de sus familias sucesivas (esto lo sé de primera mano porque en muchas ocasiones hice las veces de mensajero).

En la ceremonia religiosa previa al entierro propiamente dicho un profesor exaltó las virtudes de Cruz, entre las cuales mencionó, para sorpresa de amigos y conocidos, que el difunto había sido un luchador de las causas sociales y, particularmente, de la defensa de la educación pública. Dado que la única lucha que le conocimos era la que libraba a diario para ponerse en pie en la cantina y marcharse a casa, esa información nos sorprendió. Pero luego alguien, otro amigo, me recriminó por hacer este comentario y me recordó que Cruz siempre participó de los paros y las asambleas de profesores. Lo que yo recordaba era que él asistía a esos soporíferos encuentros y, las pocas veces en que hablaba, lo hacía para decir cosas incomprensibles. Excepción hecha de cuando me hablaba al oído para sugerir que debíamos encaminarnos pronto al bar más cercano, sugerencia cuya sabiduría jamás cuestioné.

Para no agobiar al lector con una interminable lista de ilustraciones de mi planteamiento, voy a terminar con el recuento de la relación entre Cruz y algunos de nuestros colegas y, en particular, con un triunfo más de su ironía suprema. Se trata de que, con redomada buena fe, algunos de los más ilustres

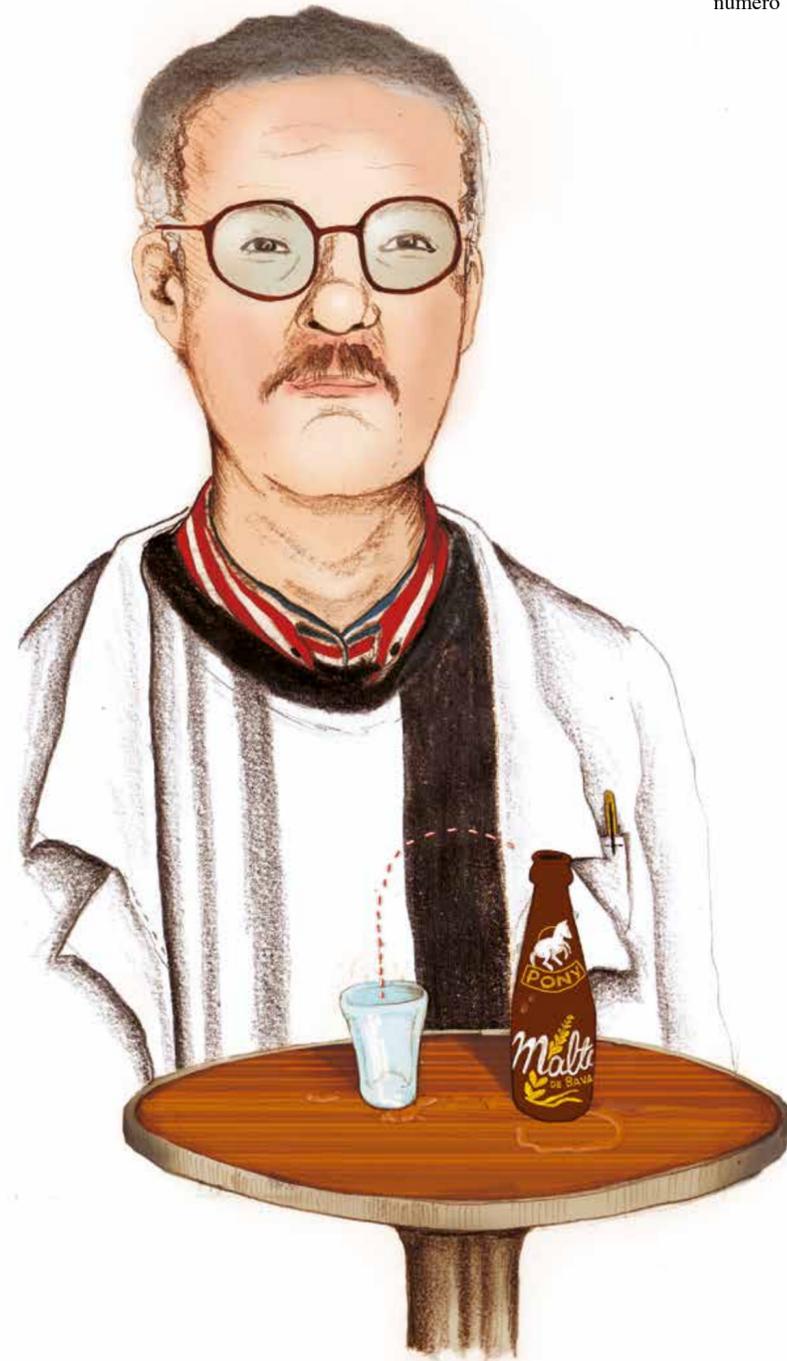
filósofos de nuestro departamento llevan décadas intentando consagrar nuestro centro de estudios como una de las unidades académicas más importantes de Colombia, es decir, una en la que los profesores y estudiantes escriben textos serios, rigurosos y profundos y, si es posible, originales. También han adoptado ciertas maneras propias del estereotipo del académico prestigioso: lenguaje pomposo, ausencia absoluta de humor o gracia en sus escritos, producción industrial de publicaciones, trabajo industrioso en horario de oficina. Al mismo tiempo, han establecido contactos con filósofos importantes de distintas partes del mundo y los han traído a Colombia para realizar encuentros igualmente pomposos, igualmente serios, igualmente industriosos y plúmbeos (todos los estudiantes de filosofía han pasado por esto: emocionados por haber leído algún divertido diálogo socrático, entran a una facultad universitaria para encontrarse con que el único rasgo en común con la obra platónica es la fealdad de los filósofos varones). Es así como en 2009 la Universidad de Caldas organizó el XVII Foro Nacional de Filosofía y, como también se estaban celebrando los cincuenta años de la creación de nuestro departamento, nos decidimos a arriesgar un evento ambicioso. Entre los invitados extranjeros había cuatro filósofos ingleses. Además, publicamos una antología de escritos de los profesores que habíamos pasado por el departamento. Para el lanzamiento del volumen la directora de la época organizó una recepción con

vino y comida. Nuestros colegas respetables estaban debidamente trajeados, debidamente pomposos, y así sucesivamente. En un momento de la reunión —llegó un tanto retrasado Cruz, acompañado por otro colega. Venían bastante colocados, Cruz traía un par de libros bajo el brazo y, en cuanto probó el vino, le dijo a su contertulio que lo mejor era irse a buscar un aguardiente. Bajaron las escaleras hasta el primer piso y, en la puerta de la casa, al avistar el jardín, Cruz le anunció a su compañero que iba a orinar en el pasto. El amigo se ofreció a tenerle los libros mientras Cruz le daba curso a la naturaleza, pero este expresó su negativa moviendo la cabeza horizontalmente. Ya estaba bajándose la cremallera y echando mano de su irrigador cuando, por una razón desconocida —quizá la fuerza del bamboleo de la cabeza para negarse a entregar los libros—, Cruz fue incapaz de mantenerse en pie y cayó de espaldas en el pasto. Pero la naturaleza ya había encontrado el camino y fue así como la legación inglesa (que desde hacía rato contemplaba la escena desde una de las ventanas del segundo piso) pudo ver a Cruz acostado en el pasto, irrigándolo con lo que parecía ser un aspersor agrícola, y bañándose de paso a sí mismo y a sus libros. Más tarde uno de los ingleses me preguntó quién era el hombre acostado en el pasto y le contesté que era el profesor de Kant. Nunca he visto una cara de pánico como la de aquel inglés. Debido a ejetorias como esta nuestro departamento realmente

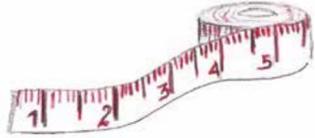
goza de un gran prestigio, no solo en Colombia sino también en varios continentes. Pero, una vez más, no somos reconocidos como filósofos respetables, al menos no en el sentido académico (el logro no es exclusivo de Cruz, pero no es el momento de mencionar las modestas aportaciones que hemos hecho las figuras menores).

Cruz murió en septiembre del año pasado. En abril de este año murió en Medellín otro querido amigo: el maestro internacional de ajedrez Oscar Castro. Lo menciono aquí porque Castro era un ajedrecista mucho menos destacado que otros jugadores colombianos, pero su muerte causó un impacto sorprendente: los medios de comunicación más importantes del país, incluso el diario *El País* de España, le dedicaron elogiosas y extensas notas. De manera parecida, Cruz, que como filósofo académico apenas si puede mencionarse, es sin embargo un personaje mucho más interesante.

Cruz encarnó dos ideas clásicas de la filosofía que son incompatibles, y que han desaparecido de las academias: la idea de que la sabiduría consiste en una forma de vivir antes que en la posesión de una teoría del mundo; y la idea de que no hay sabiduría porque no hay enigma, porque el problema de la vida no tiene solución, porque todo se disuelve en la muerte y al final nada importa. Esa paradoja definió su vida. Y lo deja como a todos: muerto, callado con el silencio que no pude entenderle, con el resto de nosotros intentando llenar de palabras el vacío. ☛



Los envíos de la Polla



por DAVID E. GUZMÁN

Ilustraciones: Verónica Velásquez



Las mentes ingeniosas no solo están al servicio de las grandes empresas o de las fuerzas del mal y los carteles de la mafia, también trabajan sin descanso por triunfos irrisorios con sabor inolvidable para unos pocos. Mentes obstinadas, creativas, arriesgadas, que agotan todos los recursos y todas las neuronas para producir en los suyos una risa, una comilona, una mirada diferente en tierras lejanas y extrañas. Tierras donde, por equis o ye circunstancia, escasea el moño.

Aquella vez llevaba dos meses viviendo en París. Había terminado materias en la universidad y aunque debía la tesis de grado, engatusé a mis tías amantes de los collares de perlas para que me mandaran a estudiar francés. Un lujo a toda costa inmerecido y hasta contraproducente, con el diploma todavía embotado, decía con razón mi papá. Pero allá estaba, soportando el invierno parisino de comienzos de este siglo, sobrellevando como bien o mal podía mi primera temporada fuera de Colombia.

Los primeros días los había pasado en los extramuros de París, en casa de Patricia, una vieja pintora amiga de la familia que me amenizó el *jet lag* con unos buenos *bouquets* de hachís y picadura de tabaco. La expectativa por lo nuevo y el asombro de estar al otro lado del mundo hicieron que no valorara esos poderosos porros que a Patri le quedaban como unas saetas y a mí me quemaban la garganta.

A la semana, cuando ya sabía cruzar la calle con la baguete bajo el brazo, me instalé en la capital francesa para iniciar clases. Ahí empezó el viaje en serio, mi cotidianidad, hospedado en una *chambre* en la *rue de la Santé, treizième arrondissement*, en el apartamento de

Stéphane Marquet, experto en computadores y bufón aficionado que nunca pudo superar los números de su desaparecido padre, Perniky, un payaso de verdad con historial en circos. Mis días, grises y muchas veces nostálgicos precisamente como el espíritu de los payasos, transcurrían entre las aulas, el apartamento y los parques cuando el frío lo permitía. Patricia entró en sus locuras de artista y le perdí el rastro. Por mi cabeza no pasaba aún la fiesta, no tenía amigos, ni conocidos, ni mucho menos la más mínima posibilidad de conseguir, diga usted, un poco de yerba para recrearme. En realidad era suficiente con lo que estaba viviendo y si bien soy de los que suele mirar el reloj a las 4:20, el tema me tenía despreocupado; todas mis energías estaban puestas en aprender la lengua y en ir descubriendo, totalmente solo, la Ciudad Luz. Sin embargo, un afortunado suceso prendería las alarmas de las mentes ingeniosas en Medellín.

Cierto día llegué a casa muy abrigado y en la *chambre* comencé a quitarme capas de ropa, como una cebolla, porque no tenía una chaqueta de invierno sino mucho trapo interno, buzos y chompas. De pronto sentí unos bollos dentro del bolsillo de la camisa, una leñadora de cuadros verdes y negros, y de inmediato los extraje: se trataba de diminutos moños de marihuana recubiertos de pelusas. Emocionado, luego de retirar las motas, procedí a echar los ripios en una pipa clásica que había heredado de mi abuelo. Salieron pocas bocanadas pero suficientes para

alcanzar un estado fabuloso; ahí mismo salí a flotar por las calles con la mirada achinada, la sonrisa tenue y esa sensación calentica y placentera que producen unas caladas criollas lejos del hogar. Esa misma noche llamé a la Polla y le conté lo sucedido con tanta alegría que me dijo que iba a pensar la manera de mandarme un poquito desde Medellín. Sonaba absurdo, pero no era nada raro en ella, una mujer temeraria, alcahueta, que además había comulgado en el festival jipi de Ancón.

Lo común era que mi gente me llamara los lunes que había una promoción de larga distancia, pero un sábado temprano llamó la Polla para decirme que estuviera pendiente, que me había enviado por correo “unos acetatos y un material de trabajo para las clases”. Se despidió sin dar más detalles y a partir de ese momento entré en un estado de ansiedad temerosa y alegre. No tardé mucho en llamarla para que me resolviera dudas de cómo proceder en caso de que las cosas no salieran como estaban previstas, entonces, en ese tiempo en el que apenas si había internet, la Polla ordenó que se me pusiera un mail con las instrucciones: en caso de que descubrieran los “acetatos” debía decir que desconocía el destinatario, que probablemente me querían perjudicar desde mi patria. Pasaron los días y poco a poco me olvidé del asunto. Ya resignado, en una tarde lluviosa, me puse a palpar en todos los bolsillos de la ropa y rescaté unos ripios que esta vez prendí con todo y pelusas.

A las dos semanas, cuando había perdido toda esperanza y pensaba que era obvio que el paquete iba ser detectado en alguno de los aeropuertos, encontré una boleta de La Poste al llegar a casa: habían ido a llevarme la encomienda pero como nadie atendió el citófono debía presentarme en la sucursal del barrio para reclamarla. *Oh merde*, hubiera querido pensar, pero no, me dije: ay jueputa, ¿y ahora qué?... De los nervios me comí un pan entero con queso y sopa de tomate, la idea era llegar bien lleno a La Poste por si me detenían. En ningún momento se me ocurrió la posibilidad de abandonar la operación que hasta bien lejos había avanzado la Polla. Fui caminando al correo y los pies me temblaban, entré a la oficina con cara de buen ciudadano, sonriendo sin mirar a nadie

a los ojos, e hice la fila. El pensamiento triunfal de que la yerba de Barrio Antioquia había cruzado el Atlántico entre unos acetatos empresariales se mezclaba con la sensación de que en cualquier momento iban a sonar las alarmas y me iban a tirar al piso. Por fin llegué a la taquilla y en cuestión de segundos, sin que me tocara mediar palabra, una rubia me entregó el paquete. Corrí a casa, me encerré en la *chambre* y despejé el escritorio; desnudé con cuidado la envoltura, quitando las cintas con delicadeza y separando las hojas de acetato que la Polla había incluido para hacer bulto. Muy pronto encontré los acetatos madre, unidos por una cinta delgada; entre esos dos acetatos, que tenían información textual y gráfica sobre mejoramiento continuo y que la Polla proyectó más de una vez en sus capacitaciones, estaba la yerba, desmenuzada parejita como si fuera avena; en alguna parte de Medellín debió sonar pólvora mientras la vertía sobre una hoja blanca. La ración, que más o menos daba para armar cuatro barillos decentes, fue administrada en la pipa y me duró un par de semanas.

Y así como me imaginé mi padre alguna vez, vago, sentado en un toldo en las afueras del estadio, de mocasines y cerveza en mano, leyendo la sección deportiva del periódico, lo único que le calaba a mi mente de pollo, así más o menos me encontraba ahora, pero en las afueras de la torre Eiffel, de boina, dándomelas de poeta con libreta en mano y de borracho con un vino barato para remojarse las bocanadas. La idea de la Polla había sido un éxito y con astucia alistó un segundo envío, pero ese jamás llegó y los días de escasez regresaron. Para entonces ya tenía dos amigos en el curso, un mejicano y un alemán, Nils Peter, con quien compartía el gusto por el THC y sus variaciones. Mi única ilusión en ese momento era que el hombre concretara una cita con unos escurridizos *dealers* marroquíes que vendían barritas de hachís. La Polla, ante la caída del segundo paquete, tomó medidas preventivas y suspendió indefinidamente los envíos. Eso sí, su mente creativa seguiría fraguando una nueva forma de abastecer a su amado jumento en suelos galos. Y la oportunidad se daría gracias a las vacaciones de Semana Santa.

A comienzos de abril, días antes de salir para Roma a encontrarme con unos primos y otros familiares que venían de Medellín, recibí una llamada de la Polla. Casi ni me saludó para decirme que ya se había craneado un nuevo envío. Quedé helado cuando me contó de qué se trataba. Si el primer *modus operandi* me causó temor y ansiedad, el nuevo procedimiento me enfermó. Casi le rogué para que no me pusiera en esa situación pero me dijo que tranquilo, que después le iba a agradecer y que ella corría más riesgos. El envío consistía en un bluyín nuevo, pero con su toque mágico: tres barillos incrustados dentro de la marquilla de la prenda, la

cual tuvieron que descoser y coser de nuevo. Lo peor de todo era la persona que en Roma me entregaría el bluyín que supuestamente me estaba haciendo falta: mi inocente abuela.

El tren de París a Roma fue un lechero de catorce horas. Ni siquiera cuando un pasajero chino sacó un cangrejo hervido y ensolvó el vagón me pude sacar la imagen de mi abuela, la madre del mismísimo embajador, detenida en el aeropuerto por intentar llevar tres olorosas sorpresitas ocultas en un bluyín. Durante el viaje también pensaba por qué la Polla se arriesgaba tanto en hacerme esos pequeños y deliciosos envíos. Recordando los días de mi infancia concluí que lo hacía por un amor compinche y quizás también porque era su forma de retribuir cierta alcahuetería; por ejemplo, debió ser feliz el día que le presté con gusto la biblia del colegio para que arrancara un par de hojillas que reemplazaran sus cueros. O la noche que, en medio de una fiesta en la casa, le facilité para el mismo efecto las primeras y últimas hojas de las obras completas de Aguilard de Rudyard Kipling, un sacrilegio que a mis diez años no dimensionaba. También vino a mis recuerdos la vez que, después de atar cabos y juntar pruebas, dedujo con orgullo que era yo quien saqueaba las chicharras carnudas que guardaba en un tarro. Un poco tarde supo que su muchacho había entrado a ese selecto grupo de la ganja como aprendiz de maestros ajenos a la familia. Ahora éramos de los que desaparecíamos juntos de las fiestas y volvíamos a aparecer risueños y con buen apetito.

Llegué a la casona del embajador con una cara de sumisión terrible, dispuesto a ponerle el pecho a la situación y a confesar que en efecto las sospechas que recaían en nuestro subgrupo familiar eran ciertas. Los antecedentes de la Polla eran suficiente carta de presentación y ahora con la abuela detenida se confirmaba que éramos las ovejas negras y mariguaneras de la familia, un mal ejemplo probado. Pero la Polla supo cómo hacer las cosas. La abuelita, con esa ternura, me entregó el bluyín y yo la abracé fuerte, más que contento por el envío, feliz de verla sana... y salva. El bluyín era un Carrel azul oscuro que ni siquiera desdoblé; tal cual me lo entregaron lo metí en el fondo del morral y como mis primos son personas de bien, mojigatos como ellos solos, decidí que aguantaría hasta mi regreso a París para espulgar y gozar la prenda.

Después de pasar la Semana Santa en el Vaticano y de haber estado en una misa presidida por Wojtyła, en la que en algún momento se me vinieron a la mente los barillos apachurrados dentro de la marquilla del Carrel, volví en tren a París y a mi *chambre* en la *rue de la Santé*. Desempaqué y puse la gran prenda como un trofeo sobre la cama. Meticuloso, descosí cada puntada y recuperé los barillos. Estaban intactos pero blandos, así que los desarmé y con lo que reuní armé un porro robusto y dejé el resto para la pipa. Al día siguiente regresamos a clases y al salir de la jornada, como era costumbre, me fui con Nils Peter y el mejicano para un parque, esta vez el Jardín des Plantes. De un momento a otro saqué mi *bouquet* montañero. A Nils Peter, guitarrista de un grupo de rock que ya había probado lo habido y por haber, se le abrieron los ojos, recibí en sus manos el cono y lo olfateé con ganas. Cuando les conté la historia no me creían, y pensaba en la Polla, lejana, hubiera querido que estuviera presente para que viera cómo el alemán disfrutaba de sus historias y sus manjares. Él,



acostumbrado a fumar hachís con tabaco negro en una pipa de agua fabricada con un galoncito plástico agujereado, una coraza de lapicero y un pequeño embudo forrado en papel aluminio, quedó asombrado con el sabor y efecto de la pangola paisa, según él, mucho más consistente y duradero; al parecer la mezcla que fumaba lo volteaba fuerte pero por lapsos cortos. Esa noche se alargó y quisimos rematar en un club nocturno en el sector de la Bastille pero nos negaron la entrada por tener los ojos rojos. Nos indignamos, Nils alegó e insultó a los patovicas, pero fue infructuoso. Como tenía los míos cuales hígados sangrantes, me echaron la culpa y desde ese día mi apodo fue *L'homme aux yeux rouges*.

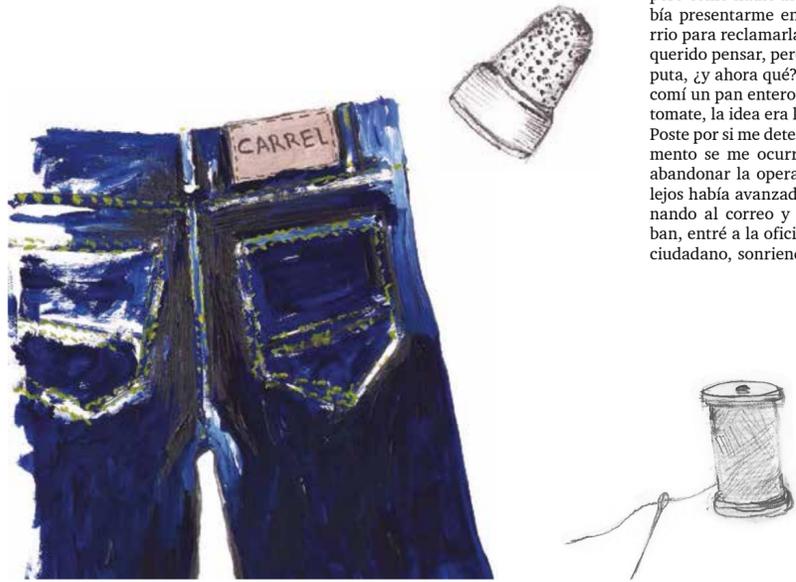
Petetre, el mejicano, quien recibió ese apodo luego de pronunciar con total falta de elegancia la expresión *peut être* en plena clase, se había mantenido toda la vida alejado de la mota y sus humos almeñados. Sin embargo, las risas y el buen rato de aquella vez con Nils lo tenían picado, curioso. Si ya había dejado el nido era cuestión de tiempo que se atreviera a probar algo nuevo. Y se llegó el día, esta vez en el Jardín du Luxembourg, con el último poquito que me quedaba de la ración que vino con el Carrel. Nils no vino con nosotros y se perdió del número más gracioso de Petetre en París con el patrocinio de la Polla. Al cabo de unos minutos lo cogió un ataque de risa sin motivo, lo cual lo asustó mucho, y me preguntaba, ¿qué me está pasando, Garza? Petetre me decía Garza porque un día un viejo cascarabias parisino me acosó para pasar un semáforo, “*allé garçon!*”. ¿Garza, qué me pasa?, preguntaba Petetre con los ojos en la trastienda. A la vez lo cogió una paranoia con cinco vigilantes del parque que justo se reunieron para distribuirse las zonas y el pobre Pete creía que lo señalaban a él. Sin poder contener las carcajadas me suplicaba que botara la pipa y todo lo que tuviera. ¡Tírala, Garza, tírala! Finalmente nos tocó irnos, para cruzar el Boulevard Saint Michel me cogió de gancho como si fuera un viejito, subimos a su apartamento y, a las tres de la tarde, se metió a la cama y se cobijó sin poder parar de carcajarse y preguntar qué le estaba pasando. Ahí lo dejé, acostado, sonriendo, con una culebra que le recorría todo

el cuerpo por dentro, decía él fascinado. Hasta para evangelizar sirvieron los envíos de la Polla.

Terminó de pasar el invierno y en plena primavera por fin Nils le cogió la vena a los *dealers*. Los encuentros eran a la media mañana en los pasadizos subterráneos que comunican las estaciones del metro. Un día lo acompañé para que me presentara a Karim, un tipo con pinta de rapero marsellés. Quedé con su teléfono por si alguna cosa. Nils regresaría a Alemania mientras que Petetre se iría a recorrer España. Por esos días probé la pipa casera del alemán y fui testigo de cómo se le blanqueaban los ojos. En verano despedí a mis amigos. A mí me quedaban las dos últimas semanas en París antes de volver a Medellín. La mente de la Polla había hecho lo suyo oportunamente y ahora era mi turno retribuir aquel tesoro con algún caramelo marroquí. Llamé a Karim y después de un diálogo de sorudos, porque hablaba rapidísimo y con unas palabrejas que no estaban en el diccionario, pudimos cuadrar una cita. Le pagué ochenta francos por un barrilete, de ahí saqué para los estertores de mi aventura y guardé una pequeña porción para el homenaje a la Polla.

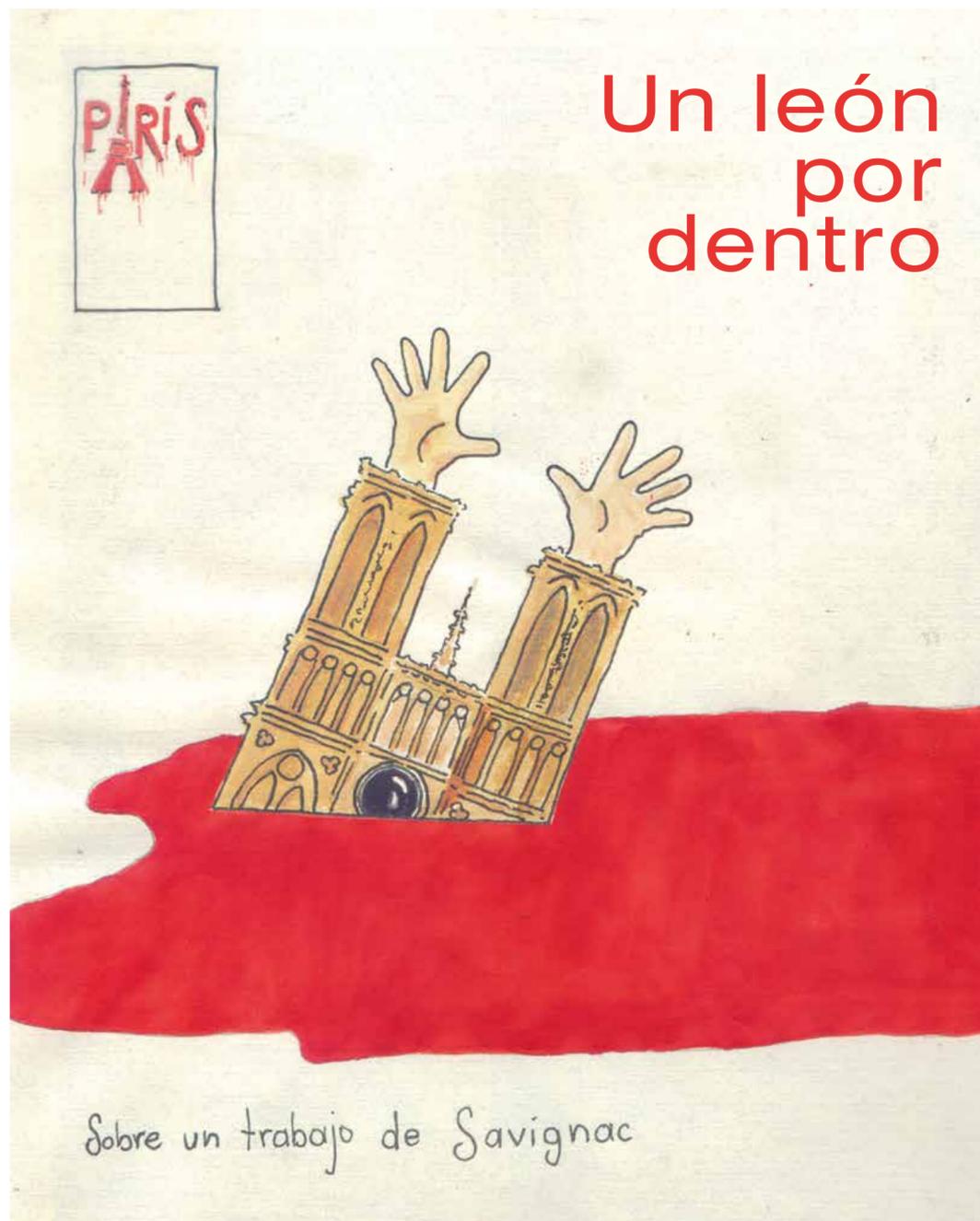
La víspera del viaje fui a un refugio de gente pobre y regalé el fino Carrel, estaba nuevecito y no sería raro que hoy todavía esté en la guerra, en algún balde en París destiñendo ese azul penetrante. Empaqué y dejé todo listo para el vuelo. La piedrecilla de hachís la llevaría en el pantalón que me iba poner,

dentro de la marquilla interna de uno de los bolsillos traseros, la cual descosí y cosí con la maestría de una abuela. Con ella allí dentro, envuelta en papel aluminio, me presenté a las requisas en el aeropuerto Charles de Gaulle. Cuando iba a pasar a las salas de abordaje, el detector de metales pitó al pasar por el bolsillo del pantalón. “*Qu'est-ce que ça?*”, me preguntó con curiosidad el uniformado y yo quedé mudo, como si no hubiera aprendido una sola palabra en francés. “*Qu'est-ce que ça?*”, insistía el tipo y detrás mío se hizo una fila, era claro que algo estaba ocurriendo. Reaccioné y con la voz temblorosa dije, “*c'est rien, c'est un petit peu*”, y saqué la funda del bolsillo y le mostré al tipo que ese bultico, al que no podía acceder porque estaba dentro de la etiqueta, era lo que sonaba. Aún no eran tiempos de paranoia en los aeropuertos y no sé si por lástima o porque los pasajeros se empezaron a acumular, el tipo me dejó pasar sin poder despejar la duda de lo que traía. Me senté a esperar el abordaje todavía nervioso: después de los trabajos impecables de la Polla mi error penoso casi echó todo por la borda. Solo a un cerebro de pollo se le ocurriría usar papel aluminio para tal menester. En fin, apenas pude me deshice del papel y solo al llegar a Medellín respiré tranquilo. Mientras esperaba la maleta, vi a la Polla a través del vidrio. Nos saludamos con gritos felices y sordos, después me llevé la mano al bolsillo de atrás y apreté la piedrecilla, el premio que le esperaba. ☪



Somos el aliado de nuestros clientes para potenciar las comunicaciones y estrategias hacia su mercado ideal

Cohete.net



Un león por dentro

Sobre un trabajo de Savignac

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

Ilustración: x10

“...¿Oís en el campo el bramido de feroces soldados? ¡Vienen hasta vuestros brazos a degollar a vuestros hijos y compañeras!...”
La Marsellesa, fragmento

V iernes 13 de noviembre de 2015: París es atacada por jóvenes europeos radicalizados con la yihad promovida por el Estado Islámico de Siria y del Levante (ISIS en inglés, DAESH en árabe). Las redes sociales y los medios de comunicación informaron, en vivo, la puesta en escena de un guión macabro: las explosiones suicidas a las afueras del Estadio Nacional de St. Denis —donde las selecciones de Francia y Alemania jugaban un partido amistoso—, el fusilamiento de inocentes en las terrazas de bares y pizzerías

y el asalto a la sala de espectáculos Bataclan —donde se presentaba la banda de rock estadounidense Eagles of the death metal—. La embestida, que acabó con la vida de 137 personas, arrojó al menos 420 heridos a un vecindario acostumbrado al ocio y el comercio. Ciudadanos, policías, bomberos y paramédicos demostraron su heroísmo; el ejército se tomó la ciudad; Francia cerró sus fronteras. París no vivía una situación semejante desde la Segunda Guerra Mundial. La compasión y la solidaridad con la cuna de la República moderna y los

Derechos del Hombre han sido contundentes. No se trata de que la humanidad discrimine entre tragedias de primera y de segunda, sino que reconozca la gravedad de los hechos. En menos de cuarenta días ISIS golpeó Ankara con dos atentados suicidas que se cobraron cien vidas. En la Península del Sinaí sus adeptos hicieron estrellar un Airbus ruso con 224 personas. En Beirut, el ataque al barrio chií de Bourj al-Barajne, de vida occidental pero considerado un bastión de Hamás, dejó 24 víctimas. Al atacar a los ciudadanos de París el Estado Islámico ha llevado el conflicto a un punto sin retorno. No se trata, como critican los indignados de profesión, de que unos muertos valgan más que otros, sino de un *casus belli*. La humanidad no olvida la sangre derramada hace cien años, cuando las balas de un anarquista serbio sobre un príncipe Habsburgo dieron pie a una barbarie sin precedentes que transformara la historia y el orden mundial.

En esta ocasión los barrios 10 y 11 de la capital francesa —con el Boulevard Voltaire como eje— fueron el campo de batalla de una guerra de combatientes apocalípticos que luchan a nombre de la muerte. Habían pasado once meses desde que otros jóvenes yihadistas entraran a las instalaciones del tristemente célebre semanario satírico *Charlie* —entre la Bastilla y la Place de la République—, armados con fusiles Kaláshnikov, para acabar con la vida de artistas infieles. Durante estos meses las fuerzas de inteligencia de Francia neutralizaron seis planes de atentados. No pudieron hacer lo mismo el pasado viernes 13.

Es altamente probable que el ataque haya sido orquestado en el barrio Molenbeek de Bruselas, la capital de Bélgica y de la Unión Europea. La complejidad para coordinar información entre las fuerzas de seguridad de ambos países (así como de implementar leyes antidemocráticas de detención preventiva) permitió el desplazamiento de los terroristas aunque estuvieran en la mira de los servicios de inteligencia. Moleenbek y St. Denis son barrios de inmigrantes donde encuentras ciudadanos integrados a la sociedad que conviven con otros cuya marginación es alarmante. Tras una década caracterizada por las políticas de recesión ante la crisis económica, los jóvenes de estos barrios son una población de alto riesgo. Los pequeños criminales como

los vendedores de hachís han pasado a ser un mal menor: el primer ministro Manuel Valls ha declarado que se estima en 1.800 el número de franceses que han colaborado con las redes yihadistas. DAESH tiene una propuesta de realización económica, espiritual e histórica para los jóvenes europeos.

De dientes para afuera, no yerran quienes entienden la formación del Estado Islámico, su expansión y su brutalidad, como una de las consecuencias del fracaso de las políticas intervencionistas de Occidente en la región: desde la segunda guerra de Irak hasta la invasión de EE.UU. en Afganistán, el derrocamiento del general Gadafi en Libia y la actual carnicería que vive el pueblo sirio, enfrentado en una guerra civil cuyos bandos reciben apoyo extranjero.

Tampoco se equivocan quienes señalan al acuerdo secreto *Sykes-Picot* como un motivo histórico y político de la inestabilidad de Oriente Medio. Se trata, de hecho, de una de las reivindicaciones del Estado Islámico. Firmado entre Inglaterra y Francia en la Primera Guerra Mundial tras la caída del Imperio otomano, el acuerdo *Sykes-Picot* prometía el reconocimiento de un gran Estado Árabe al mismo tiempo que trazaba fronteras que no respetaban la identidad de sus habitantes y delimitaba zonas de influencia francesa, inglesa y rusa.

Hay también quienes aprovechan la situación para mirar mil años atrás y condenar a Occidente por las cruzadas. El modo de vida occidental contemporáneo fomenta y favorece la autocrítica, así como el respeto y la valoración de la diferencia: “Islam es una religión de paz y amor”, es una frase repetida los últimos días con el noble fin de evitar la estigmatización de la comunidad musulmana. Esto es loable.

Pero ISIS no piensa de esta manera y se ha declarado califato, ha implementado la medieval ley sharia y lanzado una yihad expansiva a nombre de la muerte. Sus integrantes han declarado constatemente la voluntad de exterminar las democracias, las religiones y a los islámicos que no acepten su forma de interpretar el Corán. Sus principales víctimas son los propios islámicos que ataca militar y espiritualmente, al ponerlos a elegir entre la radicalización o la herejía. Se estima que hasta treinta mil combatientes extranjeros se han unido a sus filas. La cifra de adhesiones creció el 80% en el último año, desde que Abu Bakr al-Baghdadi se autoproclamara califa e imán de

todos los musulmanes en la gran mezquita de Mosul.

Pero, ¿cómo reconocer que un león es un león por dentro?

Si bien es cierto que ISIS representa un fracaso de la política exterior de Europa y EE.UU., el ataque a París pone en evidencia varios fracasos al interior de la República francesa. El modelo francés de integración y la educación nacional están en la mira y esto es doloroso. Durante los últimos veinte años de gobiernos de derecha, los inmigrantes naturalizados siguieron recibiendo los envidiables beneficios de la República: salud universal, educación gratuita, derecho al paro, protección social, subsidios a la natalidad. Cualquier colombiano que pidiera esto en su país sería llamado mamerto, comunista, sinvergüenza. Pero tal parece que ni estos beneficios bastan para tejer lazos sociales en un Estado. Es necesario un mayor esfuerzo político y una honda reflexión humanista, sobre todo cuando la integración no forma parte de las prioridades de una comunidad de inmigrantes, cualquiera que sea su origen.

Pues no todos los inmigrantes son como los colombianos en los Estados Unidos, quienes asimilan con orgullo la forma de vida del país huésped, agradecen sus beneficios y les escriben a sus compatriotas en inglés. Hay comunidades de inmigrantes que no tienen la más mínima vocación de integrarse ni de asimilar una cultura diferente, aunque el país huésped les brinde generosidad e igualdad de derechos. Hay franceses de segunda o de tercera generación que no hablan bien francés y que no saben escribirlo, así como amas de casa que jamás han salido de los barrios a donde llegaron a vivir hace treinta años y no conocen el centro de mi pequeño pueblo de cuervos y cigüeñas. En este contexto, la nostalgia por el país de origen de sus padres y abuelos hace que muchos adolescentes recreen en su imaginación a una madre patria ideal, a un paraíso perdido y opuesto a esta madrastra francesa de la que se sirven con resentimiento.

En cuanto a la educación, en Francia es gratuita pero obligatoria. La República es un estado laico desde hace cien años y está prohibido el uso de las instituciones educativas como centros de proselitismo religioso. Dicha prohibición comprende medidas como no usar símbolos ni prendas alusivas a una religión al interior de las instituciones.

Si vamos a hablar de religión, debe ser en sentido histórico. Estas reglas de la escuela laica, aceptadas por los cristianos, no son bien vistas por un sector de ciudadanos islámicos. Sobre todo tras la prohibición del uso del velo en la escuela, lo que han querido interpretar como un ataque, una provocación. No se trata de xenofobia francesa: la prohibición del velo en las escuelas generó un serio debate intelectual en todo el país. En la República, el rostro de la persona representa su individualidad y su igualdad de derecho, ese fue el veredicto. Pero hay quienes entienden que sus fundamentos no son susceptibles de ser debatidos a favor de lo común. Sucede en todos lados, constantemente.

En estas circunstancias, mientras el discurso bélico del presidente socialista François Hollande hacia cantar La Marsellesa a las dos cámaras del parlamento el domingo en la noche, los profesores de los liceos tenían su propio dilema: ¿cómo presentar lo sucedido como un ataque a lo común? ¿Cómo desarrollar una reflexión sobre los valores de la República sin causar apatía entre los estudiantes? Tras la masacre en *Charlie Hebdo* no fueron pocos los adolescentes que se negaron a participar del minuto de silencio.

—¿Usted ha visto los dibujos? Los terroristas tienen razón, eso no se hace.

—Esto sucede todos los días en Palestina y nadie dice nada.

La condena mundial ante cada atentado aporrea la ya frágil psicología de muchos jóvenes, abriéndoles una brecha en su dilema identitario. Pues, ¿qué es ser francés si no todo lo contrario a lo promovido por el Estado Islámico? Todos sabemos que la formación de la identidad es una de las principales búsquedas de la juventud. Ahora que François Hollande descreta a propios y es la burla de extraños al intentar liderar una coalición internacional para reducir militarmente al Estado Islámico, la propaganda belicista sigue diezmando la psicología de una juventud que ha crecido en medio de la crisis. *Le Monde* informa que las solicitudes de enrolamiento al ejército francés pasaron de 500 a 1.500 cada día. Tal parece que Occidente tiene la voluntad de concederle sus deseos a DAESH y darle su guerra, su apocalipsis. Mientras tanto, en las universidades y las escuelas, seguiremos contemplando las entrañas del león. UC

Mulhouse ville, 26/11/2015

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Laureles: circ. 74b #39b-122.
Parque deseos: calle 71 #52-34.
Poblado: carrera 35 #8a-76.

310-8454059

síguenos

el Alemán Pues
—Restaurante & Cervecería—

Abierto los domingos

VISA MasterCard Maestro

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Manila. Tel: 268 4420

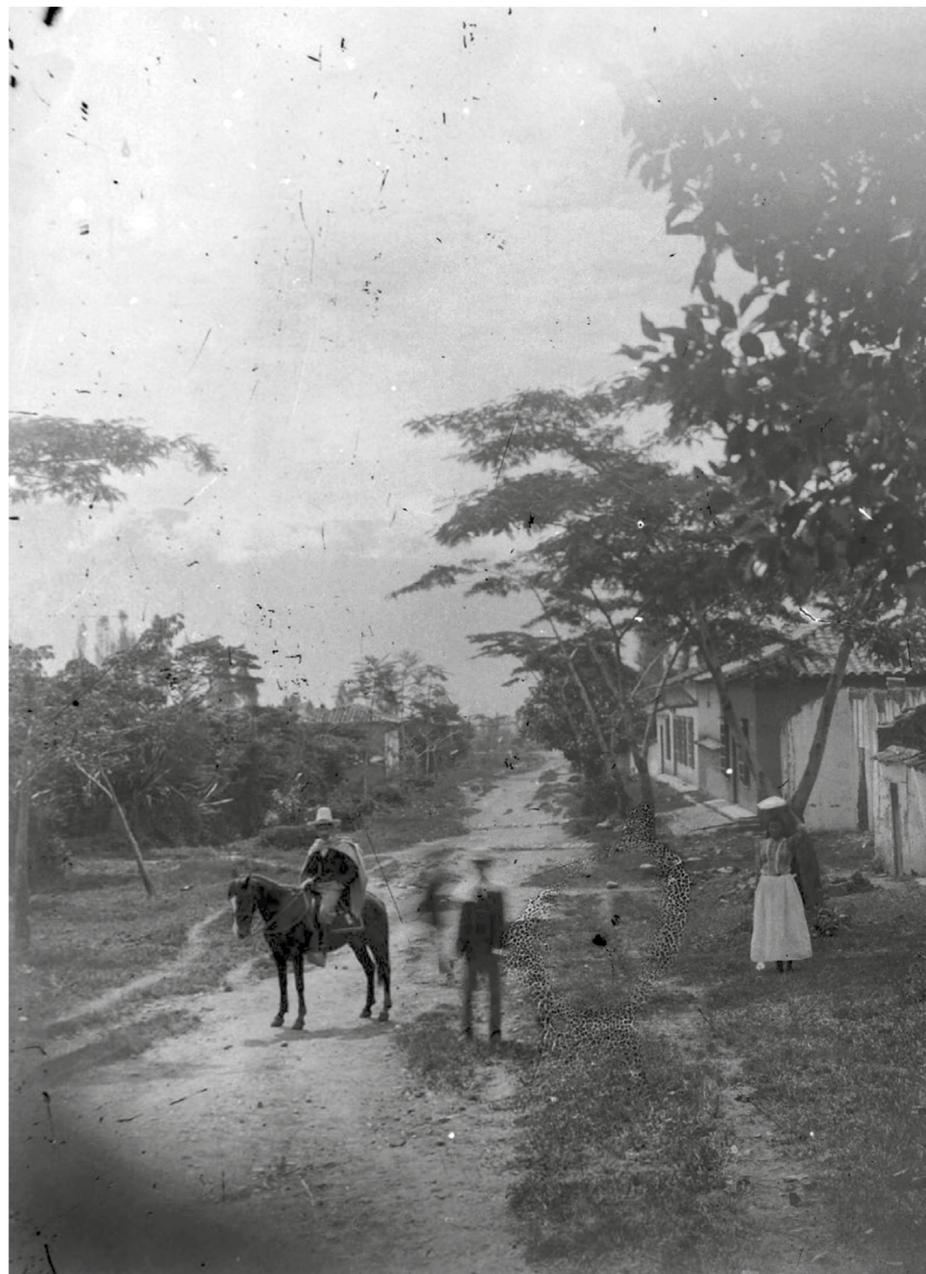


Días de a caballo

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografías: Archivo BPP

Por los caminos de Antioquia, 1900.



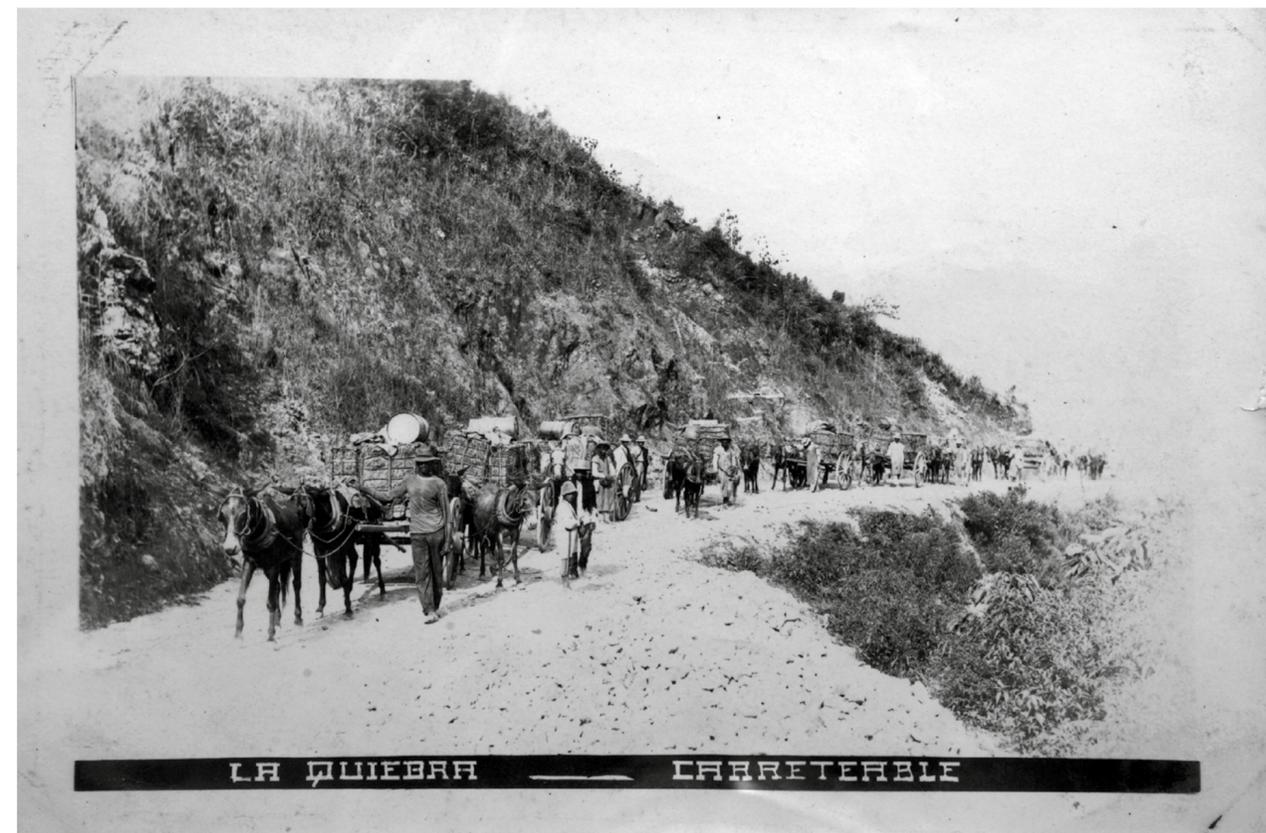
Hasta los últimos días del siglo XIX Medellín fue un reino de caminantes, jinetes y carruajes. Así se llegaba o se salía de la ciudad y así se movía la gente por sus calles; con ayuda de las propias piernas o en algún tipo de cabalgadura. A pesar de que en muchas partes del mundo ya había entrado en uso el automóvil a gasolina y el tren a vapor, Medellín era pedestre y silencioso en asuntos de vehículos motorizados y, entre el clima lluvioso y la topografía de montañas, los caminos no tanto se recorrían sino que se padecían.

En cuestión de vías de tránsito no es posible encontrar alguien que se refiera a ellas de manera positiva, salvo en la primeras crónicas de los españoles. Así como los peninsulares del grupo de Jorge Robledo impresionaron a los aburraes con sus caballos, también ellos se vieron impresionados por caminos que los exploradores españoles de la zona de Santa Elena y oriente compararon con los del Cuzco. Juzgando que la civilización que los había construido sería quizá demasiado numerosa para enfrentarla en esa oportunidad, Robledo decidió seguir hacia el norte para pasar de nuevo al valle del río Cauca.

Pero caminos como los hechos por los indígenas, anchos y de piedra, no se volvieron a construir por estas tierras, lo que se usaba eran trochas que se llenaban de pantano en los meses de lluvia y que al secarse apenas permitían una pisada cómoda. Los locales parecían resignarse a esas condiciones y no suelen referirse a ese detalle en sus crónicas de aquel siglo, pero a los extranjeros, que venían de navegar por el Magdalena hasta la población de Nare, era lo primero que les llamaba la atención. Los que viajaron por el río antes de 1850 en bongos arrastrados por bogas quizá lo asumían con cierto estoicismo, pero a partir de aquella fecha, cuando el viaje en barco de vapor era realmente confortable, se quejaban de inmediato.

“Al principio del siglo —dice Friedrich von Schenk, en sus *Viajes por Antioquia en 1880*— existió solamente un camino en pésimas condiciones que llevaba a Medellín, y que arrancó en Juntas, una bodega y fonda ya olvidada, y se encontraba en la confluencia del río Samaná con el Nare y seguía por Canoas, Guatapé y El Peñol: El actual camino que arranca desde Nare, pasa por Canoas, y desde aquí toma una dirección más hacia el sur, entre en el hermoso valle de San Carlos, y deja Guatapé a la derecha. Pero también este camino, por el cual llegué a Medellín en 7 días de viaje a caballo (inclusive un día de descanso en El Peñol), es sencillamente espantoso”.

Para salvar las dificultades de esos caminos las mulas mostraron tener la pisada más segura, pues el caballo, aunque más elegante, se desesperaba en los fangales y terminaba por enterrarse aún más. Sin embargo, no solo eran las mulas las protagonistas del camino, también estaban los bueyes. El francés Charles Saffray dejó testimonio de estas cabalgaduras en su *Viaje a Nueva Granada* en 1860: “(...) jamás hubiera creído que el buey, tan pesado en apariencia, fuera mejor



La Quebra - Carreteable, 1920.

montura que el mulo en caminos llenos de barrancos, fangosos, obstruidos por raíces, troncos y rocas, cortados por torrentes y bordeados por precipicios. Sin embargo, nada tan seguro como el buey; no siendo cuestión de prisa, sino de llegar sano y salvo, el animal sale de un mal paso allí donde la mula más diestra y vigorosa, perdería pie o se hundiría. Al llegar a un sitio por donde el buey no puede pasar, es preciso dejarse conducir”.

La última palabra de la cita de Saffray se refiere a una costumbre de la que ya Humboldt se había quejado y era el que un hombre llevara a espaldas a otro como si fuera bestia de carga. El viajero francés asocia el camino real a los caminantes, las comunicaciones cortas al caballo y las trochas a los conductores: “Nunca he viajado de una manera tan desagradable; más valdría ir por su propio pie; pero al que no tiene costumbre de recorrer aquellos senderos, le es imposible andar. Sentado sobre la sillita que el conductor lleva al hombro, hay momentos en que vuestra vida y la suya dependen de la inmovilidad; en aquellos momentos no sois más que una maleta o un fardo, y debéis parecerlo así; si el conductor da un paso en falso y os deja caer en el agua, en el cieno o en la piedras, no es responsable de la averías”.

Pero las penurias de la prueba que les significaba a los viajeros ese camino de al menos una semana desde el

Magdalena, se desvanecían sin excepción cuando llegaban al alto de Santa Elena. La profunda hondonada llena de luz y la ciudad en ese entonces concentrada en la parte baja de la quebrada que se abría a sus pies, llevó a muchos a decir que era la vista más bonita que habían presenciado jamás. El sueco Carl Agust Gosselman, en su *Viaje por Colombia 1825 y 1826*, describe ese paisaje: “Desde ambos costados del mirador se extendían montañas, bosques, paredes rocosas y abismos que formaban un semicírculo en intenso contraste con la uniformidad de la cordillera lejana (...). La vista empezaba a descender por las pendientes y sembrados que alcanzaban tonos de verde claro hasta llegar a los pies de las casas, alamedas y plantaciones que rodean el valle como un anfiteatro que reposa con sonrisa infantil en medio de este jardín ideal”. El autor se refiere aquí no al Valle de Aburrá en toda su extensión sino a la parte formada por la cuenca de la quebrada, en cuyos bajos se asentaba la totalidad lo que era la ciudad en aquella época. El descenso desde el alto tardaba un par de horas a caballo y las primeras casas iban a encontrarse a las orillas de la playa pedregosa que formaba la quebrada, por los lados de La Torna.

Dentro del Valle de Aburrá moverse no resultaba menos penoso. Hacia Envigado, escribe Lucio Restrepo, estaba el paso de “la asomadera, cuyos terribles barrizales hacían erizar los

cabellos; el camellón del cementerio daba salida hacia el norte, y era milagro llegar al Bermejil sin desmontarse tres o cuatro veces; los pedestres no se afanaban por los malos pasos, porque saltaban las cercas, casi siempre caídas, y se iban por el llano de los Muñoz, quienes nunca llegaron a molestarse a los vecinos y pasajeros”. Paradójicamente era más fácil salir de la ciudad por las escarpadas montañas de oriente que hacia el norte o hacia el sur. En la ruta a Envigado no solo estaba el paso de La Asomadera sino los de Villa Carlota, por los lados de lo que es hoy la avenida El Poblado, al norte del barrio Manila, y el de la gruta dedicada a Nuestra Señora de Lourdes, en el intercambio vial de La Aguacatala.

A mediados de los años setenta del siglo XIX la apertura de la calle Ayacucho le cambió la cara a la salida de la ciudad por el oriente. Escribe Tomás Carrasquilla que “cualquier día del año 74, se prolongó hacia arriba, obra de cuadra y media y todavía extramuros, la calle Ayacucho”, y la parte baja de la famosa quebrada comenzó a tener vida. “Un ciudadano Rave levantó por ahí una venta de billares. ‘Buenos Aires’, rezaba su letrero enorme. ¡Y tú que lo dijiste! ¡Eso fue como un sortilegio ineludible! Vecinos y no vecinos acudieron. (...) Pronto cuajó aquello como parte del encantamiento. ‘Buenos aires’, con sus alturas y sus vistas, con su rambla y sus calles adyacentes

y sus vertientes a Santa Elena (...) será siempre, en este suelo andino, el paseo sin rival”.

Buenos Aires hacía honor a las hermosas vistas y ambiente sano que se tenía lejos de los pantanos y las crecientes que padecían los que moraban cerca de las vueltas del río Medellín, en predios de lo que luego sería Guayaquil, con su plaza de mercado y su estación de tren, de riberas cenagosas y malsanas en los días anteriores.

Las calles de Medellín en esa segunda mitad del siglo XIX dejaban tanto que desear como los caminos provinciales. En su *Descripción de Medellín en 1870* Francisco de Paula Muñoz cuenta que estas eran “de mediana anchura, empedradas, torcidas en la parte más antigua y rectas en la reciente; de aceras estrechas e interrumpidas y, a estilo español, desaguadas por el medio”. Igual que los caminos rurales estaban sometidas a la estación climática: “Polvo en el verano, fango en el invierno, necesidad en todo tiempo, son esas vías medio urbanas del transitar constante, por donde entra y sale cuanto la gente necesita. Su tierra siempre removida por el gran arado del casco y la pezuña, de la rueda y la rastra, del jarrete y del bordón humanos (...)”, agrega Carrasquilla recordando viejos tiempos.

Si andar por allí era incómodo caminando o a caballo, más lo sería en los coches de ruedas que comenzaron a importarse de Estados Unidos y Europa.

Según Luis Latorre Mendoza, “el primer vehículo que rodó por estas calles de Medellín fue una carroza que don Juan Uribe Mondragón introdujo de Jamaica en 1836. Cuando el obispo doctor Juan de la Cruz Gómez Plata hizo su entrada a esta, don Juan le envió la carroza hasta el puente de La Toma, pero en vista de las grandes dificultades del tránsito, aquel prefirió entrar a caballo. Era que las calles de esta amada villa en ese entonces, con sus empedrados en declive, con sus baches, con sus cunetas, con sus caños, se presentaban más para el tránsito de bueyes sonsoñeros que para el de cristianos, y mucho menos todavía para vehículos de ruedas”.

Latorre Mendoza habla también del que fuera quizá el primer transporte público de la ciudad: “En 1872 empezó a funcionar el coche de un señor Morales. Por el norte iba hasta el Cementerio de San Pedro; por el sur, hasta el puente de Guayaquil; por occidente, al de la Alameda, y por oriente, hasta la plaza de Félix de Restrepo (hoy Plazuela San Ignacio)”. Se trataba pues de una especie de taxi colectivo que en dos ejes nort-sur y oriente-occidente replicaba los desplazamientos más comunes y corrientes de la gente de la villa.

En ese entonces, relata Lisandro Ochoa, “las calles centrales de Medellín estaban pavimentadas con pedruscos, con exagerado declive al centro por el cual corrían los desagües de algunas casas. Cuando se comenzó a arreglar el piso con piedras más menudas y en forma ovalada, y con menos declive las aceras, también se fue arreglando el piso de los caminos y como es de suponer, se mejoró el servicio de transportes”. Varias personas adineradas adquirieron coches de lujo para uso personal, cuenta el autor, como es el caso del que importó de Francia Pastor Restrepo, que después pasó a ser de alquiler en manos de “Juan Cochero”. Cuenta el cronista que los coches americanos mostraron un mejor desempeño en estas calles por

lo livianos, entre ellos la famosa “berlina de Hill”, propiedad de un jamaíquino. Para ese momento, es sabido que ya se construían en Medellín carros de varios tipos que engrosaban la oferta de alquiler para la comodidad de los ciudadanos.

Del caballo, pues, como dice Enrique Echavarría, se pasó “a los coches de Pedro Antonio Echeverri y de Papa. Coches *sui generis*; eran una especialidad de fabricación rara; parecían patentados exclusivamente para Medellín; los arneses tenían más lazos que correas; las llantas de hierro sonaban terriblemente sobre los empedrados; casi ni dejaban conversar”. Con el caballo como medio de transporte, ya fuera como montura singular o como tiro, siempre

se tenía esa molesta contradicción entre lo que los ciudadanos deseosos de modernidad querían obtener y lo que el carro de bestia y los caminos podían proporcionar. Las costumbres, cada vez más citadinas, no se correspondían a los barrizales que se formaban y a esos ruidos de ruedas duras de los carruajes. De ahí que la carga llevada antes a rastras evolucionara a las carretas tiradas por mulas, y que fuera comprensible que las personas quisieran también algo del confort incorporado ya en los referentes europeos.

El lujo que algunos de los habitantes de Medellín se podían procurar en cuestión de transporte estaba muy lejano a lo que sus calles permitían. No

era de extrañar que gracias al estado de las mismas los potros, encargados a Bogotá por don Coriolano Amador en 1892 para que tiraran de un lujoso coche importado de París para la boda de su hijo José María con Sofía Llano, se rancharan en las esquinas. Según cuenta Echavarría, unos mozos contratados tuvieron que tomarlos de las bridas para que accedieran a doblar en las esquinas durante el recorrido el día de la ceremonia.

A pesar de las vías los medellinenses insistían en mejorar los vehículos. En cuestión de transporte público el señor Modesto Molina tuvo un emprendimiento en el ramo con el nombre de La Diligencia. Se trataba de un carruaje

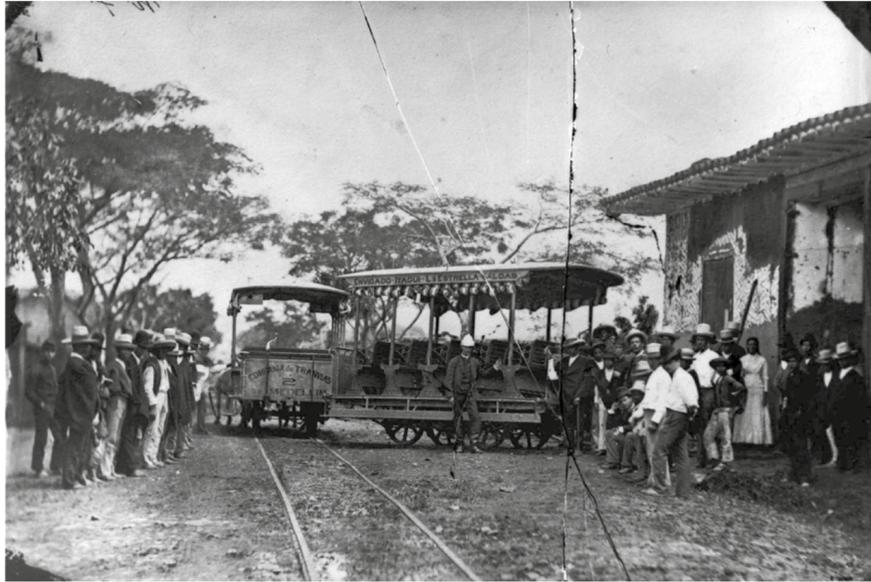
principal al que complementaba una flotilla de tres vagones para el transporte de pasajeros, además de varias carretillas de carga. Según Lisandro Ochoa, a “la Diligencia la arrastraban cuatro mulas, las cuales se reponían cada dos leguas; estaba montada sobre cuatro gruesas ruedas de madera guarnecidas con hierro de una por tres y media pulgadas; forrada por dentro y por fuera de vaqueta sin pintar y en lugar de resortes tenía unas correas dobles que le daban un movimiento de “columpio”. Los equipajes se llevaban en la parte de atrás en un espacio en forma de maleta. Tenía también La Diligencia un segundo piso, cuyos asientos eran protegidos por barandas; se le llamaba El Imperial y los pasajeros que preferían dicho sitio estaban expuestos al sol y a la lluvia. Ya podremos imaginarnos cómo eran de agradables y rápidos los paseos y transportes en tales vehículos que carecían de resortes y amortiguadores que nos defendieran de los baches y demás deficiencias de nuestras primitivas calles y carreteras”. La Diligencia hacía el viaje Medellín-Barbosa sobre la nueva carretera construida por el doctor Pedro Justo Berrío.

En materia de transporte público la novedad fue el Tranvía de mulas, un sistema de cercanías que prometía comunicar a Medellín por el norte con Copacabana y por el sur con Itagüí. Entre Enrique Echavarría y Lisandro Ochoa dan cuenta de lo que fue la escasa vida útil de este sistema. El empresario fue el general Juan Clímaco Arbeláez, quien consiguió del general José María Campo Serrano, en su calidad de jefe civil y militar del Estado Soberano de Antioquia, el privilegio de implantar en Medellín un “tranvía de sangre”. Los rieles se mandaron a pedir a Estados Unidos y las mulas a Bogotá, y el primer viaje, desde su estación de partida en la iglesia de La Veracruz hasta El Edén, hoy Jardín Botánico, se realizó con éxito el 22 de octubre de 1887. “El tranvía tenía tres o cuatro carros abiertos”, escribe Echavarría, pero el servicio era lento, según Ochoa: “Cuando no había novedad gastábamos treinta y cinco minutos” en un trayecto de 2,5 kilómetros en línea recta. Las mulas bogotanas se sofocaban el clima de Medellín y pronto murieron, a pesar de que se les había comprado el potrero de los Muñoz para que pastaran a gusto, en predios de lo que hoy es el Hospital San Vicente de Paúl.

Al Tranvía de mulas se le extendieron los rieles por la calle Boyacá, pasando por el Parque de Berrío hasta tomar Ayacucho hacia el oriente. Sin embargo, no se logró llegar siquiera a Buenos Aires, que era el objetivo, pues en el camino, cuenta Lisandro Ochoa, “se lucían las mulas, protestaban de lo nuestro, subiéndose a las aceras, atravesándose con carros y todo en mitad de la calle, obligando a los pasajeros, después de inútiles protestas, a prescindir de la travesía”. Se refiere el cronista quizá ya no a las mulas bogotanas, muertas y enterradas, sino a unas locales que las remplazaron, demasiado fogosas y pajareras para el paciente trabajo del tiro. Ante las dificultades don Clímaco tuvo la prudencia de salir pronto del negocio, vendiéndoselo a una compañía belga que a pesar de los nuevos planes de llevar la línea hasta los renombrados baños de Cipriano Álvarez ‘Amito’, más allá del Edén, debió tomar la decisión de liquidar. “Los rieles y herrajes de los carros”, escribe el cronista, “sin que sus dueños los hubieran vendido u ordenado quitar, en poco tiempo se fueron convirtiendo en herraduras, chapas y otros enseres que se vendían barato, por el costo de la materia prima. En muchas ocasiones veíamos las tablas de los carros empleadas como cerco en las pesebreras vecinas, ostentando los letreros semi-borrosos de Medellín-Itagüí, Medellín-Copacabana, travesía que solo figuró en la mente de sus fundadores. De esta empresa podemos decir: triste vida, triste muerte”.

A finales de ese pintoresco siglo XIX ya la gente sabía que era cuestión de tiempo la llegada del automóvil y la entrada del primer tren a Medellín. Con estos, poco a poco, vendría el mejoramiento de los caminos y el confort en los desplazamientos. Las largas jornadas a caballo desde el Magdalena se verían reducidas a un solo día de tren, mientras que moverse en la ciudad en carros de gasolina sería desde entonces algo corriente. Hubo quien siguiera andando a pie y a caballo porque no quiso o no pudo cambiar de siglo, pero Medellín ya era otra y en cien años las cosas se transformarían de una manera que dejaría la ciudad irreconocible. ☺

Días de a caballo hace parte del proyecto editorial sobre la historia del tranvía que realiza el Metro de Medellín en coedición con *Universo Centro*.



Tranvía de mulas, 1887.

Germán Saldarriaga y Restrepo en coche, 1905.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

NO NOS MOVERÁN

Un centinela queda frente al edificio, emboscado en la sombra. Los demás entramos. La habitación, al final de un pasillo, es discreta y pequeña; sobre la mesilla de centro, una lámpara con pantalla mitiga la penumbra; hay también una botella de vino, y unas copas. En voz baja, pero firme, pronunciamos nuestro lema; al unísono, como debe ser.

Después se da paso al orden del día. Juan Gabriel lee una ponencia en la que muestra a Walt Disney como precursor de nuestros acosos: puso a hablar a los animales. Todos aprobamos con nuestro silencio. El más letrado de nosotros recita un poema de Borges, *Los conjurados*, y enfatiza un verso: “... Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades”. Breves sonrisas de asentimiento.

Una pausa para beber una copa de vino; el efecto es visible, acrecienta la calidez del recinto, y afirma nuestra fe, nuestra hermandad. A continuación Gabriel pasa algunos videos en un televisor de catorce pulgadas. Películas viejas, que hemos visto muchas veces, y nunca nos cansan. En una de ellas un hombre embocado da la orden de marcha a un cochero de pértiga; en otra, una dama joven y bien acompañada se roba por un instante la atención de la cámara.

En esas estamos cuando una llamada de celular nos interrumpe. Es nuestro espía de abajo, anunciándonos la llegada de tres sujetos de sospechoso aspecto, presididos por un hombre en silla de ruedas; ya franquearon la puerta, y se dirigen al ascensor. Muy pronto estarán aquí. Recogemos a toda prisa las evidencias, apagamos la luz, y en perfecta fila india (siempre prevemos eventuales intromisiones), salimos por la ventana de atrás. Bajamos la escalera de incendios, y desembocamos en el callejón de los fondos, protegidos por las sombras; la maniobra ha sido rápida, de nuevo estamos a salvo. Habrá tiempo para acordar un nuevo punto de encuentro, pues volver a este sería correr un riesgo más que temerario.

Antes de dispersarnos, repetimos nuestra consigna. Gabriel y yo vivimos cerca, así que nos vamos juntos; hacemos escala en un bar, repleto de parroquianos que no nos prestan atención. Pedimos dos aguardientes, y una tapa de crispetas. Con un fondo de bolero cubano, Gabriel me dice que, en su opinión, Joselito fue mejor que Belmonte. Disiento, y pedimos otra tanda; a veces es bueno no olvidar nuestras diferencias. No nos moverán.

CODA

Solo para traductores

Norman Thomas di Giovanni está traduciendo a Borges al inglés, poesía y prosa. El argentino lo acompaña en su tarea, aunque permite al otro decir la última palabra. Conversan con unos estudiantes de la Universidad de Columbia. Uno de ellos le pregunta por su método de traducción.

Di Giovanni: “... Cada caso es diferente. Para empezar, todo el asunto se hace de oído; no hay reglas”.

Borges: “Hablar en abstracto de traducción no nos va a llevar a ninguna parte”.

Se me viene al recuerdo un *escolio* de Nicolás Gómez Dávila, que tal vez viene a cuento:

“El poeta que no canta, tan solo opina”. ☺



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 · 3° piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

El holocausto sin eufemismos

Historia ilustrada de Colombia

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Alejandra Congote

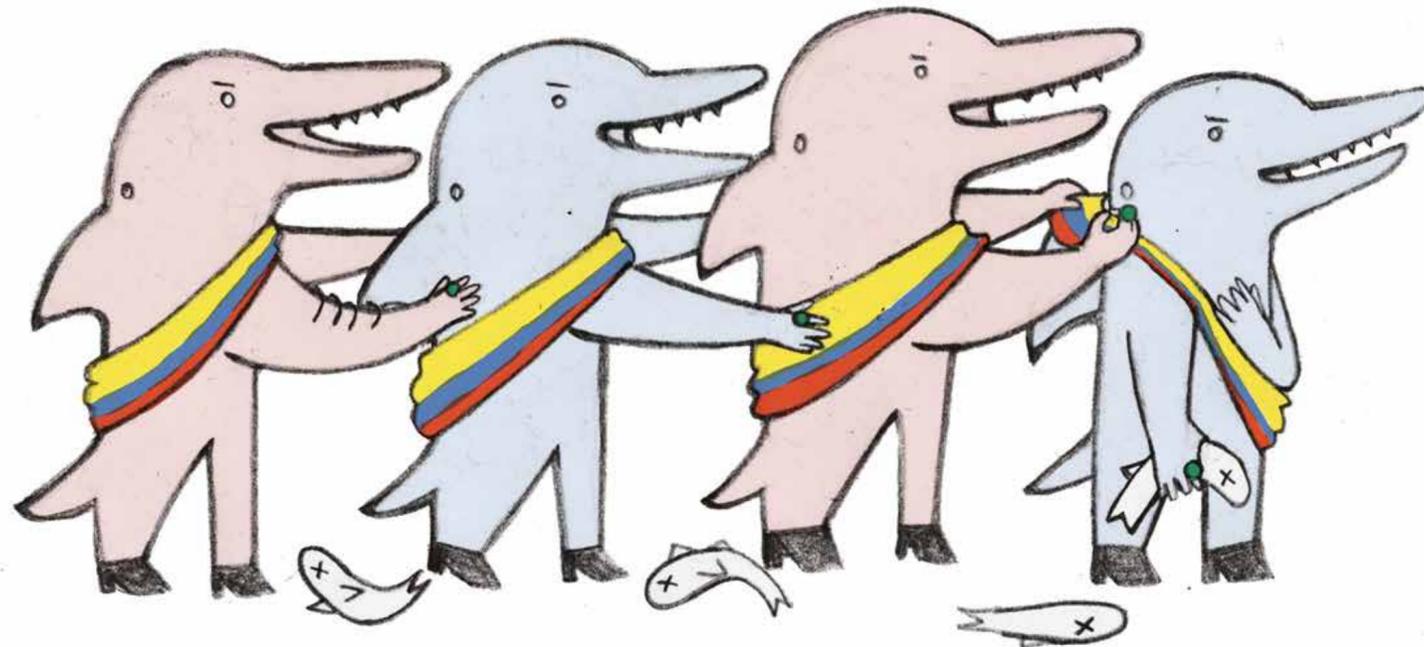


Fig.1 Del fin hasta el fin

En la remembranza del desastre que desencadenaron a sangre y fuego los pandilleros del M19 en el Palacio de Justicia hace treinta años, los medios agotaron los testimonios de los afortunados sobrevivientes, las declaraciones amargas de los generales implicados y las protestas dolientes de los familiares de los desaparecidos en la catástrofe. Belisario Betancur pidió perdón por los errores que hubiere cometido. Y el presidente, en nombre del Estado, por cumplirle a una corte internacional.

Hubo pocas novedades en el redescubrimiento de la hecatombe. Que, sobre todo, contribuyó a aumentar la perplejidad. Pasé horas frente al televisor lleno de asco y de tristeza por la estulticia del país que me tocó vivir arresado y cruel, tratando de extraer una pizca de verdad. Pero el humo era tanto, el cañoneo, las llamaradas y el palabrerío y tantos los sentimientos encontrados, que al fin quedé en las mismas, sin entender gran cosa. Cándido que es uno. Esperar ahora claridad en esas aguas turbias, cuando en treinta años ha sido imposible desenredar la madeja y ni siquiera hemos podido encontrar la punta del hilo a través de una cadena de fiscales, uno más cómico que otro.

Un periodista de la izquierda exquisita de enorme nariz y anchas trastiendas, que suele rechinar los dientes en todo cuanto se refiere a las fuerzas armadas, dijo que la toma la habían inducido con mucha probabilidad los militares para vengarse de las cortes que odiaban; un magistrado, que los muertos los hizo el ejército; otro, que un bestial Almarales, uno de los comandantes de la horda, fusiló a los rehenes arrodillados en un baño, y que él fue empujado escaleras abajo a las patadas por una heroica guerrillera mientras se hacía el muerto y trataba de encontrar en el desorden su pierna postiza. Y otro, en fin, que los guerrilleros solo querían dialogar. Pero un ministro de Estado de la época dijo que no es cierto, que los guerrilleros se negaron a hablar y cortaron las comunicaciones, ni me llamen que no contesto, dijo el líder, porque aspiraban a tomarse el poder y a la desmesura de enjuiciar al presidente, en su delirio de arrogancia. Aquí nos vamos a morir todos, dicen que dijo. La antigua estupidez altisonante se la escuché a Chávez más tarde: seremos libres o la bandera de la patria ondeará sobre unas ruinas. Y alguien volvió sobre el cuento ya rancio del golpe de Estado y de la reducción del ejecutivo a la impotencia. Y alguien más repitió la fábula de que los guerrilleros le estaban haciendo un mandado a Pablo Escobar. Es posible. Carecían de escrúpulos. Lo habían demostrado cien veces. Con las cárceles del pueblo donde enterraban vivas a sus víctimas. Con el asesinato de José Raquel Mercado sometido a un juicio irrisorio, ejecutado y arrojado en una calle bogotana en una bolsa de basura. Con la muerte inicua de doña Gloria Lara. Cesó la horrible noche. Canta el himno. Mentiras. Las noches se suceden, una detrás de la otra. Y de noche en noche se escribe la historia de Colombia hasta hoy.

Y sin embargo, digo, nadie recordó el germen de la catástrofe, nadie trajo a la memoria a uno de los protagonistas principales del llamado holocausto: a Carlos Lleras Restrepo, a quien un escritor amigo mío llamó "poeta de la acción" durante la botadura del buque escuela Gloria, lo que le valió que sus amigos lo expulsáramos del nadaísmo. Lleras era como era. El último animal político

de la llamada violencia liberal-conservadora, uno que arrastró hasta la muerte todos los vicios de su juventud pendenciera, después de azuzar la violencia entre los campesinos liberales engañándolos con discursos y comunicados y promesas de armas y ayudas medicinales. Y cuando el agua subió de punto, como cuenta Eduardo Franco Isaza en su memoria de las guerrillas de los llanos, corrió al exilio diciendo: ni autorizamos ni desautorizamos la guerra, pero díganle a esos muchachos que estamos de corazón con ellos. Y desapareció. Y después, durante el Frente Nacional, dejó de fumar y guardó el revólver de siempre en su mesa de noche y se bajó del sombrero, esa prenda fatal para los pánicos porque los hace parecer más pequeños. Remache, lo llamaban sus malquerientes. A pesar de sus ínfulas de impulsivo sin desbravar. Y del cómico talante napoleónico. Siempre de berrinche en berrinche. Algunos dicen que fue un patrio liberal, pero yo pienso que fue un demonio tan malo como su adversario Laureano Gómez, a quien la historia le regaló el remoquete del Monstruo. Que harían bien en compartir.

Tal vez nada hubiera ocurrido, o hubieran ocurrido otras cosas, mejores o peores, nadie sabe, sin el delito electoral que cometió el político bogotano en las elecciones que enfrentaron a un sonriente Misael Pastrana y a un senil Rojas Pinilla, y que él corrompió a mansalva, alterando las urnas a última hora y mandando a dormir a los colombianos por reloj, para entregarle el poder con perfecta impunidad al opaco político conservador. Uno, dicho sea de paso, que se hizo al amparo de doña Berta Hernández de Ospina Pérez, una paisa aguerrida, una folclórica cultivadora de frases célebres y de orquídeas raras, de donde debieron venirle a Pastrana sus ínfulas de ecólogo de coctel.

El fraude de Lleras atestiguado por sus cómplices en el crimen contra la democracia, explicado por el llamado Tigrillo Noriega, cuando ya era tarde, y reseñado en extenso en *El libro rojo de Rojas*, un esperpento ilegible, fruto del oportunismo de los nadaístas caleños Jotamarío Arbeláez y Elmo Valencia, el fraude de Lleras, digo, envalentonó a la cuadrilla de cocacolos del M19, pues los dejó convencidos para siempre del aserto del padre Camilo Torres que repetía una frase que hizo carrera: el que escruta, elige. Y le acarreo al país innumerables infortunios. El infausto mandato upaquizador de Pastrana, primero. Y luego la herencia de su hijo, que sin otros méritos que ninguno, apoyado en la maquinaria del partido de papi, fue senador, y el más torpe de los alcaldes en el registro de los torpes alcaldes bogotanos, pues destruyó un montón de obras históricas como la avenida Caracas que diseñó Karl Brunner para que Bogotá se pareciera a Berlín, y construyó cosas

como el bendito puente de la calle 92 que ha sido hasta hoy una trampa para automovilistas. Y al fin se sentó sin rubor en ese taburete viejo que llamamos el solio de Bolívar, transitoriamente, digo, pues después de posesionarse, se levantó y se fue a gastar el mandato reeditando la vocación turística de su padre. Y humillado por Tirofijo, montó unas conversaciones de paz que convirtieron el Caguán en un sainete, a donde fueron todos los bufones y los saltimbanquis de la república con sus charangos y hasta los piratas de Wall Street, mientras él, Pastrana, consumía millas aéreas, saltando entre las cortes europeas en el papel del *besamanero*, para enriquecer el álbum familiar con la iconografía. Recuerden ustedes. Hasta hizo de cicerone de los comandantes farianos por los países de la Europa hiperbórea, tratando de convencerlos de que resultaba mucho mejor que el ruin bolcheviquismo de Lenin el socialismo de la monarquía Noruega. Y así, de bote en bote y de aeropuerto en aeropuerto, al niño acabó por hipertrofiarse la vanidad, hasta la fecha, cuando con asiduidad desvergonzada sigue mimando el rol del conductor de masas y del estadista. Escribiendo cartas y mostrándole los dientes de conejo de la suerte a Nicolás Maduro. Pero me voy de la lengua. Es que me resulta tan repelente Andrés Pastrana que no aguanto las ganas de obviar el lirismo que me caracteriza para convertirme, cuando lo veo, en el ponzoñoso panfletista que siempre quise ser en el fondo de mi amargura.

El trampantojo de Lleras no salvó al país del decrepito general que corría las plazas blandiendo yucas en las jetas de sus descamisados. Sus ávidos nietos se colaron de todos modos en la vida política con el desempeño de todos sabido. Y asaltaron las arcas de la alcaldía bogotana. Y burlan la justicia como les da la gana. La artimaña sembró el país de latrocinios, para empezar. Y avivó los desórdenes y las tragedias. Que desembocaron en el horror del Palacio de Justicia, cuando se retaron la estupidez y la brutalidad. Así lo había decidido uno que sus publicistas graduaron de comandante Papito. E invistieron con un sombrero de jipijapa. O de pipiripao, ya no sé. Me acuerdo cuando me asomé a la Plaza de Bolívar después de la hecatombe. Se oía el miedo. Había un aire oscuro que llegaba hasta el cielo. Y las palomas temblaban en las cornisas de la catedral bogotana. Dicen que jamás se asientan sobre el nuevo palacio de justicia.

El Dios bíblico cobraba en los nietos los pecados de los abuelos. Y así sigue pasando. Tal cual. Hasta hoy. Cuando vivimos bajo una democracia de nietos. El nieto de Lleras, los nietos del general, los nietos de Laureano Gómez y los sobrinos nietos de Eduardo Santos, que fue horro. Porque los nietos de doña Berta, son otra triste historia. ☹

MDE15 HISTORIAS LOCALES / PRÁCTICAS GLOBALES ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

Toda lágrima está hecha de sal / Todo grito está hecho de emoción

Un proyecto: arteedu, M, sura

Asociación: Publik, epm, Adencia

Patrocinio: arteedu, M, sura

Noviembre 15, 2015, Escultura, Performance, 100 x 200 cm

¡Ten en cuenta!

A partir del 16 de noviembre de 2015 las sucursales de Bancolombia no continuarán recibiendo el pago de las facturas de servicios públicos de EPM de manera presencial, salvo que tu pago sea en cheque o superior a \$1.000.000 (un millón de pesos).

Pagos

Para realizar los pagos en esta entidad tienes a tu disposición medios electrónicos (débito automático y sucursal virtual) y los corresponsales bancarios.

Adicionalmente podrás utilizar los demás canales de recaudo que aparecen en tu factura bajo el título: "Puntos de Pago"

Más información en el 44 44 115, Línea nacional 01 8000 415 115 o consulta los puntos de pago en tu factura EPM

epm

Crónicas danesas

por JOSÉ DUQUE

Fotografías por el autor

La valkiria

El verano de Dinamarca está especialmente caliente, puede ser el festival de música de Roskilde o el de jazz de Copenhague, no lo sé, dijo Anton, un danés que fumaba tabaco negro cuando pasamos por su casa en Lejre; y continuó con un acento vikingo-castellano que muerde con los dientes la zeta. Desde que trabajé en unas minas de cemento en Venezuela no sentía una temperatura así.

Copenhague este año está anaranjada. *Go orange* es el lema de la capital danesa, lo encuentras en las vitrinas de todos los almacenes de Strøget —la calle peatonal y comercial más grande de Europa—, en los pasacalles de la Plaza Nueva y de la Plaza Vieja, ambas amplias y cosmopolitas, en la entrada de la catedral de mármol y en la base del caballo verde de Absalón.

Una chica en vestido blanco y sandalias se detiene ante un semáforo en rojo. Su cabello dorado claro es largo. Con un pie sobre el suelo y las manos en el manubrio de la bicicleta, mira el semáforo desde sus ojos azules. Por la calle cruzan peatones daneses, alemanes, suecos; turistas argentinos, inmigrantes rumanos, comerciantes árabes y relojeros suizos. La lista completa sería tan grande como el mundo mismo.

Erik me dice en inglés que es un semáforo de bicicletas, y los hay de buses, automóviles y peatones; estos últimos, dice, tildando su desacuerdo, llevan la vía siempre, después están las bicicletas y por último nosotros, concluye, como si fuéramos el carro del que nunca se baja. Mejor Medellín, agrega en español sin poner la preposición “en”, como todo principiante de una lengua. In Medellín, sigue en perfecto *españolish*, los peatones detenerse, in Copenhague no, todo es *bicycles and people*. Yo me río.

El semáforo de la chica pasa a verde. El cielo es azul profundo. Amaneció hace cinco horas y apenas son las nueve de la mañana. En las noches de verano, aquí en Dinamarca, la bóveda celeste se

cobiaja con un velo blanco y en el amanecer, a las cuatro de la mañana, un dios escandinavo peina las nubes hasta dejarlas largas y delgadas como los cabellos de una valquiria, o como los de la chica que se aleja con su vestido blanco en bicicleta.

Lejre, julio 4 de 2015

Yumi, yumi

Suena Kim Larsen —un cantante danés emblemático y legendario—. Lo único que entiendo de la letra es el coro que dice: “yummi, yummi”. Salimos temprano desde Lejre para la casa de Hans Christian Andersen, en Odense. Yo dije que este viaje a Escandinavia es como una *road movie* y Erik, al volante, repuso que la vida es una *road movie*.

Dinamarca es plana como el mar, la montaña más alta no supera el cerro Nutibara de Medellín. Cada montículo que se ve de pronto desde la ventanilla del carro es una tumba vikinga como la que hay cerca de la casa de Erik. Las “montañas” de Dinamarca son tumbas vikingas, y los campos de trigo y cebada a cada lado del camino son como mares con oleaje propio; el viento polar los acaricia con la mano como si fueran el lomo de un gato.

Todo en la casa de Hans Cristian Andersen es pequeño, ordenado y lindo, como Dinamarca, que parece salida de un cuento. Yumi, yumi.

Odense, julio 7

I want to break free

Vamos a 130 kilómetros por hora con destino a Hamburgo después de dormir en el Odder Parkhotel de la ciudad de Odder, una villa apacible y fotogénica. Miro los kilómetros que se van quedando atrás en una autopista recta llena de tractomulas europeas. Suena Queen en la radio, exactamente *I want to break free*. Vamos en un Toyota gris con placa danesa. Erick sube el volumen y la velocidad, en Alemania no hay límite, me dice, y yo mejor no miro más

la aguja del velocímetro que ya está muy a la derecha.

Los daneses caminan rápido, son precisos y van al grano. No se detienen entre un destino y otro. Ellos no conocen la palabra *lioliar*, son una máquina de relojería: precisos y puntuales. Los colombianos ser muy lentos, dice Erik en su *españolish* espontáneo, llevo quince años casado con Marcela —su esposa antioqueña— y de esos, siete esperándola. Todos reímos, él se ríe con una sonrisa danesa rápida y precisa. Más allá del parabrisas, al fondo, aparecen las aspas titánicas color nieve de un grupo de hélices eólicas, ventiladores de cuarenta metros de altura. No dejo de pensar en un Quijote moderno al que se le hace agua la boca verlas.

Son las ocho y tres de la mañana —una y tres de la madrugada en Colombia—, en el país del Sagrado Corazón duermen o apenas se acuestan. A lo mejor —o a lo peor— Erik tiene razón: los colombianos son lentos, cada día los daneses les cogen siete horas de ventaja, dice mientras pisa el acelerador. Yo canto *I want to break free*.

Goslar, julio 9

Qué emoción tan amarilla

Si te comes todo mañana saldrá el sol, le dicen los padres a los niños en Dinamarca. Erik me cuenta esa pequeña mitología hogareña en Roskilde, mientras caminamos por el centro de una calle peatonal para que nos dé el sol; pues así como en Colombia caminamos por la sombrilla, aquí, en Escandinavia, se comen toda la comida desde niños y caminan —cuando hay—, bajo el pleno resplandor.

En Dinamarca, durante el verano, las casas apenas se usan para ir a dormir. El sol se trasnocha hasta las once y se levanta muy temprano a las cuatro. La vida se asolea en los cafés de las aceras y sobre las bicicletas, en las calles adoquinadas para los peatones y en

las ventanillas de los carros que se dirigen hacia las playas de Copenhague. El sol está en cada barco del puerto de Roskilde, sobre la espalda vikinga de chicas suecas, noruegas o en las sirenas danesas acostadas en las proas. Está en los carros casa que se alejan por la autopista hacia el ferri de Puttgarden o se dirigen al sol del norte de Alemania, y brilla en las motos último modelo de harlistas escandinavos tatuados hasta el cuello.

Si en un musical americano de los cincuenta un señor cantaba bajo la lluvia: “I’m singing in the rain / Just singing in the rain / What a glorious feeling / I’m happy again...”, aquí se baila, se canta y se toma cerveza bajo el sol, porque las aceras son amplias como los anillos de un planeta, están calculadas para que tengan lo necesario, y aquí, en Dinamarca, es necesario que una acera que se respete tenga espacio para los cafés, las bicicletas, los peatones y el sol.

Nos sentamos en un café. Salchichas con pan y cerveza, le dice Erik al mesero en un danés gutural e infalible. Nos comemos todo para que mañana salga otra vez el sol.

Roskilde, julio 12

Gusto, tamaño y medida

En Copenhague venden las cervezas como la ropa, a tu gusto y medida, casi que te las puedes medir antes de “ponértelas”. Las hay de la S a la XL según tu gusto y medida. Es común pasar por una acera y ver en un café, al sol, a un hombre con una cerveza del tamaño de un florero que le tapa toda la cara, o a una chica con la copa cervecera que entre nosotros se usaría para beber un afanoso aguardiente.

Erik es puntual y preciso como buen relojero. Su almacén se llamó *Suenden’s ure*. Lo vendió, me dijo, porque no le alcanzaba el tiempo, ese mismo que vendía y arreglaba. Ahora tiene todo el tiempo para él y su esposa. Estudió relojería



cuatro años y fue relojero profesional, estudió construcción —algo así como una técnica para ser maestro de obra en Colombia— y fue constructor. Es militar retirado y habla todos los idiomas escandinavos, más inglés y sus chapucos de español. Es alto y sólido, tiene los ojos verdes y la piel rosada.

Erik va rápido y solo se detiene por tres cosas, dice Marcela, para entrar a una relojería, para ver el menú en un restaurante o para tomarse una cerveza a su gusto y medida, no más. Te faltó una, añade Erik, para esperarte. Sonríe y de su boca asoma una dentadura blanca y alineada, una risa echa al gusto y medida de Marcela que lo besa en la boca.

A los daneses les gusta la jardinería, como a Erik le gusta su esposa Marcela y a mí la cerveza. Un jardín mínimo o una materia de ventana europea sirven para sembrar fresas o uchuvas, cerezas, peras y manzanas. Les gusta montar en bicicleta y sentarse a recibir el sol con una cerveza a su gusto y medida.

Lejre, julio 15

Sin tetas no hay paraíso

Aquí en Roskilde publican la revista *Roskilde Avis*, que corresponde a un *Vivir en El Poblado* o *Vivir en Envigado* o *Vivir en Laureles*... H&M es el Arturo Calle o el Falabella de Europa, como Dios, H&M está en toda partes. La revista *M!* corresponde a la *Soho* criolla. Los centros comerciales desplazan poco a poco y cada vez más a los almacenes de calle. El *top ten* de la música americana está en las estaciones de radio. Los logotipos de marcas

Lejre, julio 17

Ana Bolena

Esto de tomar fotos tiene sus sorpresas. Por ejemplo, mirando las del

día anterior me encontré que el marino al que enfoqué en un primer plano como los de las películas de Bergman —guardando las distancias de tiempo y de calidad, claro—, ese marinero fumando pipa concentrado en un océano de vidrio a las seis de la mañana, fue el mismo al que grabé en un video en un barco como el de Maqroll el Gaviero: sentado en la cubierta tocaba *Greensleeves* —dicen que fue compuesta por el rey Enrique VIII para Ana Bolena— con un acordeón europeo de teclas que le tapaba todo el cuerpo.

También me di cuenta de que en una foto que tomé en una calle peatonal de Copenhague, una foto sobre la multitud ecuménica de un pasaje comercial al aire libre, una chica saludó con la mano a la cámara, o a mí. Una chica joven, bonita, que sonreía simpática a la cámara de un desconocido donde ella iba a quedar. ¿Quién es? ¿De dónde? ¿Cómo se llama? A lo mejor son las mismas preguntas que ella se hizo, pero solo alzó la mano y saludó sonriendo, como ahora yo sonrío al ver su saludo y hago esas preguntas que le dan sentido a esta foto tan corriente.

Copenhague, julio 18

Cosa de niños

La vocal o con una rayita transversal: Ø, la a con una bolita encima: å, y la a y la e juntas por la espalda: æ son únicas del danés, me dice Erik. Las escribe en un papel entre garabatos vikingos que más parecen letras rúnicas, las lee con su acento de esquimal y pretende que yo las pronuncie bien. *Excuse me*, Erik, le digo en mi inglés primigenio, él se ríe y me sirve un trago de Bitter. Tranquilo, agrega, solo los niños pueden hacerlo bien.

Lejre, julio 26



Volar en un solo pie



Fotograma de *El valle sin sombras*.

por RUBÉN MENDOZA *

Fotografías: ©Santiago Mendoza

Despegaba impulsado por el vaho permanente del Tolima, ese aire pesado, ya algo aceitoso antes de las horas altas del sol en la mañana, cuando la idea de la muerte me pareció una certeza, una posibilidad inmediata. Volaba armado con un brazo especial que sostenía la cámara, con las piernas, brazos y lentes por fuera del helicóptero, al que se le habían quitado algunas piezas para lograr la altura que necesitábamos y poder contemplar la boca inmensa de un kilómetro de diámetro con la que a diario ruge y respira el volcán Nevado del Ruiz.

Durante semanas mi único miedo fue que las imágenes no logran hacer parte de la película que editaba y que había escrito y dirigido, y digerido y padecido. Cada semana los pilotos y miembros de nuestro equipo de producción eran informados por Ingeominas y los operadores aéreos: el volcán había subido en emisiones de ceniza, había cambiado de color de alerta, y una vez más, como durante más de seis semanas, teníamos que cancelar la costosa misión de ir a contemplar la pureza, la inmaculada presencia de ese león inmenso que duerme sobre colchones de nubes. Iba a ser su abogado, porque su blancura perfecta solo demostraba que el intento de la “verdad oficial” por encochinarlo con la anunciada tragedia de Armero, por adjudicarle la crueldad de la avalancha de la interminable noche del 13 de noviembre de 1985, había sido en vano. Allí estaba, indiferente al drama humano. Solo un bicho de su talla puede compararse con el dolor de los armeritas que hicieron parte de la película. Solo su fuerza se parece a la de ellos, solo su imponente se parece a la indignación y a la dignidad armerita. Solo su fumarola eterna daba descanso a una rabia que los ha consumido por décadas.

Así que despegaba, con un solo piloto (para reducir el peso) y con el director de fotografía, y mis piernas parecían partirse por el viento. Decidí no hacer fuerza para no desgastarme y tener el pulso y la circulación amansada para cuando viera, después de tanto soñar, allá, en su nido, al volcán. Fue entonces, con las piernas como

trapos al viento, que puse los pies en la tierra y fui consciente de los riesgos: el helicóptero sin puertas ni sillas para la misión, la insistencia de los pilotos en que jamás se había logrado esa altura y en las dificultades de responder a las fuerzas de la física allá arriba, las posibilidades de que la fumarola apagara los rotores. Cuando pensé en eso tuve la esperanza de una muerte rápida, fugaz como la explosión de un helicóptero contra la nieve, y pensé que lo único que no quería era morir desesperado, morir a la diablo, gritando. Recordé que para los budistas lo que pasa con nuestros descendientes depende en buena medida de lo último que nos pasa por la mente, en vida. Así que lograría respirar y entregarme a la dulzura de la muerte, si la veía llegar. Eso no tomó quince segundos.

Con los seres que amo en mi corazón, y metido en el lodo de la historia de Armero, recordé lo que me dio verdadera paz para trabajar esas secuencias: esta película está circulando en el viento, yo solo soy un coordinador de fuerzas. La verdad de estos volcans (hombres y mujeres sobrevivientes)

lleva mucho tiempo buscando un cauce. La avalancha de su verdad, de su versión. Eso me dio la paz y el pulso. Volví a sentir la certeza de que esta película tenía que ser, como luego se demostró, y sabía que yo solo tenía una de las flautas que había que acomodar para que el viento tocara esta versión.

Cuando por los audífonos el piloto me exigió usar oxígeno, mi corazón ya estaba acelerado por las venas de la Tierra. Yo arriba, en el aire, como en un sueño, volando y filmando, y ahí, todavía lejano, el volcán hirviendo una paciencia de siglos, humeando, durmiendo una siesta entre nubes. Todas las nubes habían hecho un maravilloso tapete. Abajo no se veía nada. Pero en esa sábana perfecta, se asomaban, como por dos rotos, el Nevado del Tolima y el Nevado del Ruiz, señoras montañas. Fui a ver a Dios. Mi ojo derecho, certero y maravillado viendo por la cámara. Mi ojo izquierdo expresando el agradecimiento en deshielos mínimos, en lágrimas de dicha por los caminos del cine, por los caminos del dolor de aquellos que en la tierra, allá donde el volcán vino a parar, ya me habían contado sus historias en los

meses anteriores, en los propios territorios de lo que alguna vez fue Armero, donde hoy reposa bajo tierra, y donde la naturaleza, noble y tranquila, ha vuelto a devorarse las ruinas como abrigándolas, como curándolas del lodo del olvido.

Tan cerca como pudimos filmamos el volcán. Revoloteamos como una mosca por casi una hora antes de empezar el descenso, que hicimos sobrevolando el mismo canal que el 13 de noviembre tomaron los lahares: el cañón del río Lagunilla. A decenas de kilómetros de Armero y cientos de metros del piso, empezaba a ver y a tratar de entender el tamaño de las fuerzas que ese día se encontraron. Y entonces pensé en la fuerza de fuerzas que me había puesto el destino delante de la cámara. Pensé en Edilma, con su único pie en la tierra. Mientras tanto el lente de la cámara se había empañado y no dejaba ver nada más. Y pensé en los sobrevivientes y en las víctimas a las que le llegó la muerte por sorpresa, por la espalda del sueño, y pensé en el desespero en el que miles de armeritas murieron esa noche, atropellados, atropellando... en los cientos que morían

después por las heridas en el alma: locos, suicidas, desquiciados buscadores de sus niños, de sus seres queridos vivos, de sus muertos.

Yo era un niño de cinco años la noche de la avalancha, y solo he tenido en mi mente y en mi memoria las fotos del lodo y de Omaira: más nada, otro cómplice. Mientras hacía la película me insistía en que aún después de oír más de treinta testimonios de esa noche y de meterme en los archivos de la época, la imaginación no alcanza: aún me cuesta pensar el ritmo de las cosas, el tamaño: una montaña móvil, que avanza a razón de cien metros cada cinco segundos, que arrastra hileras de gente, de carros, que va juntando los muros de las casas en el piso, los techos, va haciendo una mezcla homogénea, como una licuadora apocalíptica, machacando hombres, mujeres y niños con piedras descomunales, con camiones, masticándolos con maquinaria, con santos de iglesia. Imaginaba lo que sería nadar entre esos bloques, entre filosas tejas de zinc, lo que sería ir siendo cortado, molido, separado de los suyos, de uno mismo. Cómo avanzaba esa montaña esa noche, habiéndose llevado puesta de primerita a la electrificadora, galopando como un ciego inmenso que convulsiona a tientas en la noche.

Y de los personajes que ya me habían respondido pasaba a lo que más me golpeó: más que el tráfico y el robo de niños en la tragedia, más que las adopciones clandestinas mientras padres o familiares se debatían entre la vida y la muerte aún en el lodo o en hospitales, más que la posterior burla y humillación con la reconstrucción del pueblo (con fondos internacionales, ni siquiera del gobierno de turno), más que los robos de miembros de la Cruz Roja —Cruz Roba dice uno de los personajes— y de la Defensa Civil a seres indefensos atascados en el lodo, más que la ridícula reparación que intentó el fondo Resurgir —Resufrir lo llama otro personaje—, más que el dolor de las madres que cumplen treinta años con sus hijos arrebatados y perdidos, más que el dolor de la locura y de la incertidumbre de tantos que aún deambulan como muertos vivientes, más que los ancianos que se pudrieron en las carpas en las que los tuvieron por años tras la avalancha; más que todo eso junto, haber descubierto material de archivo donde pobladores, concejales y el propio alcalde de Armero imploraban al gobierno central y departamental una acción inmediata para drenar una represa natural que se había hecho a diez kilómetros de Armero, en el río Lagunilla, a la altura de la vereda El Sirpe, y que ya alojaba “mil millones de metros cúbicos de agua y material... cantidad suficiente para arrasar cualquier ciudad”, como literalmente lo dice frente a la cámara de un noticiero, sesenta días antes de la tragedia, un miembro de las fuerzas de prevención de la época.

No lo podía creer. No podía creer que ahí salieran ellos, por la televisión del momento, con Armero atrás, con sus parques y casas en pie, amenazando con un paro, con una protesta si no dinamitaban esas piedras de la represa y se organizaba un drenaje seguro. No podía creer que el gobernador del Tolima considerara al alcalde un loco, y que además de su indiferencia, le respondiera con risa, después de haberlo amenazado con destitución y cárcel si extendía el pánico u organizaba una evacuación por su cuenta. El alcalde, que murió en la avalancha, alcanzó a hacer una última llamada contando que el agua ya entraba a su casa esa noche. El gobernador prefirió, como los miembros del gobierno nacional, condenar a muerte a un pueblo entero mientras jugaba billar.

Yo no podía creer que unos vulcanólogos franceses, alemanes, españoles hubieran advertido, en diciembre de 1984,

que habría una erupción entre el 1 y el 20 de noviembre de 1985, y que el informe escrito que contenía la advertencia entregada a la ministra de Comunicaciones de la época, Noemí Sanín, se hubiera ocultado de una forma tan canalla. Fue usado solo tres días después de la tragedia, cuando esta misma señora, para lavarse las manos, anunció una nueva e inminente avalancha que causó estampidas, desesperación, locura y suicidios desde las ventanas de los hospitales de Mariquita y Honda, donde se recuperaban de la tragedia algunos armeritas a los que no les daba el alma para imaginar un segundo tiempo.

Y entonces volvió Edilma a mi mente, el dolor de dolores, la fuerza de fuerzas, la alegría de las alegrías. Cuando un dolor no tiene proporción uno piensa en ella, como dice su hijo, y acepta mejor el propio camino. Contra Edilma se juntaron todas las fuerzas malditas de Colombia, del alma negra y gavillera del colombiano, y sobrevivió en un solo pie. Edilma fue sepultada por el lodo en su hogar, con su familia. En el momento en que la avalancha partía su casa, sostuvo como pudo a su pequeño hijo que se agarraba como un animal de su cuello. Con el nivel del lodo cercano a la boca, entre las paredes y el techo, seguía sintiendo en sus brazos las manos de sus gemelos de nueve años que se ahogaban en el lodo mientras ella atestiguaba en su piel cómo sus dedos perdían fuerza poco a poco y se iban fundiendo con la muerte. Ella tenía una pierna atrapada entre los escombros de su casa, estaba de raíz atada al piso. Al otro lado morirían su hijita de siete años y su esposo. Todos sus muertos en un radio de metro y medio. En la noche, la avalancha era una línea que sembraba el silencio masticando el ruido. Adelante de esa línea todo era crujiir, llanto, gritos, lamentos; atrás de la línea, el valle que se quedaba sin sombras.

Así que Edilma reconoce en la mitad de la negrura de la noche, con las pupilas dilatadas por la oscuridad y el espanto, que los gemelos ya están muertos. Le hace caso a su esposo moribundo y empieza a limpiar a la niña, que el enamorado padre veía viva y bien, y en ese proceso se da cuenta de que la cabeza de la niña está unida al cuerpo por un hilito de carne, nada más. Ahí empezó esa noche que dura treinta años para ella.

Pasa la noche con su único hijo sobreviviente colgado de su cuello, casi por un día, hasta que los rescatistas se lo llevan en un helicóptero, mientras ella queda como una flor entre el chiquero, como una corona en el entierro de los suyos. Ella lo vio elevarse de la cuerditita que lo amarraba a la vida, regando aún con algunas gotas de sangre a Armero. Ahí quedó Edilma. Muchos más días que la niña Omaira Sánchez. Sembrada en el lodo, atrapada por los muros.

Nadie imagina el horror, tal vez ni ella que asumió en esos días una fuerza extraña, de tener que soportar no solo la muerte de los suyos, en la mitad de la impotencia de la inmovilidad, sino además soportar que se pudrieran, día tras día, días y noches eternas, al alcance de su mano. En esos días de espera eterna, antes que recibir ayuda, Edilma fue atracada por un rescatista que le quitó sus joyas a cambio de sacarla... recibió las joyas y la abandonó. Siguió la espera. Cuando el sábado —la avalancha fue el miércoles— finalmente un grupo de rescatistas se dedicó a su casa y a su caso, ella no soportó ni un sorbo de agua con un boliqueso, sentía que toda esa pudrición que la rodeaba ya la habitaba, y que estaba reventada o descompuesta. Ella ya había avanzado en su rescate con la ayuda del vidrio de un tocador cercano y de un machete que alguien le acercó. Intentaba dejar

su pierna para salir a buscar a su hijo. Edilma, cercenó su pierna hasta donde alcanzó, como cuenta tan tranquila, porque el “hueso como tal no partió”. Y tuvo que apuñalar con el machete el cuerpo de su hijita para que se desinflara y poder sacarlo para darle sepultura. Solo ahí se desmoronó, cuando su pequeña hija se desarmó como si fuera el títere de un ángel.

Logró salir a buscar a su hijo que ya estaba refundido. Intentaron traficarlo y perderlo por meses. Tuvo única suerte: ser protegida por una familia antioqueña que se enteró de su caso y que pagó exámenes de ADN y ayudó en las indagaciones hasta que unos meses después se consolidó el reencuentro, en una clínica de reposo. El único privilegio de Edilma pues cientos de niños jamás volvieron donde los suyos.

Después, el mismo Estado que ignoró la tragedia anunciada, el mismo Estado que recibió de la comunidad internacional más de cincuenta mil millones de pesos de la época para reconstruir en lo posible esas vidas, le negaba los auxilios mensuales. Le robó su casa por omisión en esa especie de genocidio cantado, y luego, le negaba una mesada. Le negó la posibilidad de estudio para su hijo, como le ha negado una prótesis, como después le negó, por la vía de Resurgir, la casa que le debía. Se la negó porque solo tenía un hijo y para aplicar al programa debía tener tres: “Tendré que revivir unos”, fue su respuesta. Resurgir estuvo dirigida por el doctor Pedro Gómez, a quien nombró el presidente Belisario Betancur, cuando ya “tenía un pie en el estribo para irse de vacaciones”, “merceditas vacaciones a Europa”, aclaró Belisario, para atender esa tragedia llena de armeritas “criticones”.

Así fue y así es la burla. Así continúa en este valle de podredumbre. En este valle del país espantoso, el país de la Patasola donde Edilma, con su única pierna y la fuerza de diez mil mujeres y veinte mil hombres, siguió el camino sin pervertirse como limosnera ni como lisiada o como damnificada. Sin esperar nada. Siguió haciendo la vida con su

carcajada inmensa y su ametralladora de palabras. Siguió además en silencio total, sin contar su historia durante veinte años. Siguió como cada uno de los personajes de la película: como aquella otra a la que le raparon su hijo, o a los que la policía les desocupó la casa, como a los sobrevivientes que llegaron a casas de familiares que los repudiaron, o niños que llegaron a donde familiares que los acosaron, o abusaron, o a los que ahora ven el lugar donde supuestamente quedaron los suyos convertido en un cultivo ilegal, moralmente, de arroz, o en un potrero para el engorde de vacas.

Pensaba en el desespero en el que murieron tantos y la calma improbable en la que tuvo que nadar Edilma en esas noches inefables, esas noches sin nombre, sin apodo, sin ley. La vi como Colombia, la más feliz del mundo, pero herida y enferma. La vi como el arbolote inmenso que es, y que tuvo que cortarse una de sus raíces para andar el mundo, para seguir en pie, jugando con el regalo de la vida. La vi con la envidia agria de que jamás veré el mundo desde su orilla, ni tendré su calma para tareas millones de veces inferiores. La vi como una heroína que jamás reparará un Estado que no tiene la dignidad ni la fuerza para enaltecerla. Hay que caer en la casualidad de hacerse viral en internet con un chiste flojo para tener la venia presidencial, para hacerse a una casita, a una oportunidad digna de trabajo, a un favorito que en realidad es una deuda. Pero “el favor rebaja,” dice el Tao, y cómo amilantar o rebajar a esta sirena. Hay que sonreír y hacerles el juego, y ahí no está ella. Ella está en el limbo de la vida, donde las ruinas y el Nevado se sueñan, está en la frontera que no deja que ese pedazo de tierra se haga polvo, está en el centro de la balanza donde aún el cementerio, lo único que quedó verdaderamente en pie de Armero, aún resiste. Como todo Armero, sosteniéndose en una sola pierna, al borde de hacerse polvo de olvido. ☹

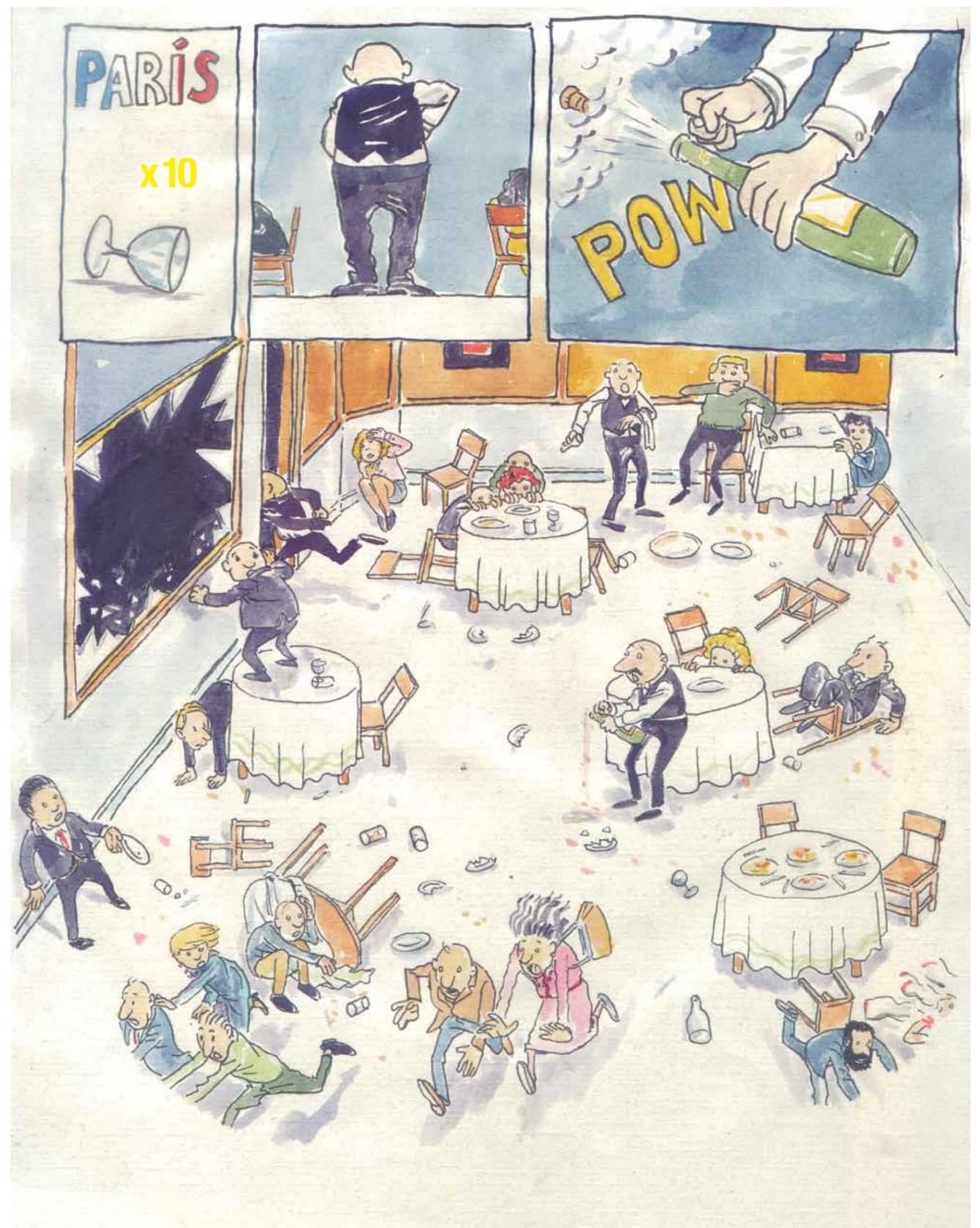
*Escritor y director del documental *El valle sin sombras*.



OBRAS QUE TRANSFORMAN



35
AÑOS



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

parque
explora
MEDELLÍN

MARTHA NUSSBAUM

EL FLORECER DE LA HUMANIDAD: EMOCIONES Y CAPACIDADES

*“El florecimiento humano requiere
del florecimiento de las humanidades”*

Martha Nussbaum

Jueves 10 de diciembre

El papel de las artes liberales en la revolución educativa

Entrega del doctorado Honoris Causa en Filosofía
a Martha Nussbaum, otorgado por la Universidad
de Antioquia | Hora: 3:00 p.m. | Teatro Universitario
Camilo Torres | Entrada libre
Inscripciones: reune.udea.edu.co

Viernes 11 de diciembre

La ira y su contrario: La inteligencia de las emociones

Conferencia de Martha Nussbaum,
programa Ciencia en bicicleta
Hora: 6:30 p.m. | Parque Explora - Medellín
Entrada libre

Lunes 14 de diciembre

¿Por qué el amor es importante para la justicia? Emociones políticas en un país en proceso de paz

Conversación entre Martha Nussbaum
y el Gobernador de Antioquia, Sergio Fajardo
Valderrama. | Modera: Pablo Patiño, UdeA
Hora: 6:30 p.m. | Paraninfo Universidad de Antioquia
Entrada libre | Incripciones: reune.udea.edu.co



SÍGUENOS:



ParqueExplora



parqueexplora



@parqueexplora



universidad.de.antioquia



@UdeA

Más información: www.parqueexplora.org | www.udea.edu.co

Apoya:

